

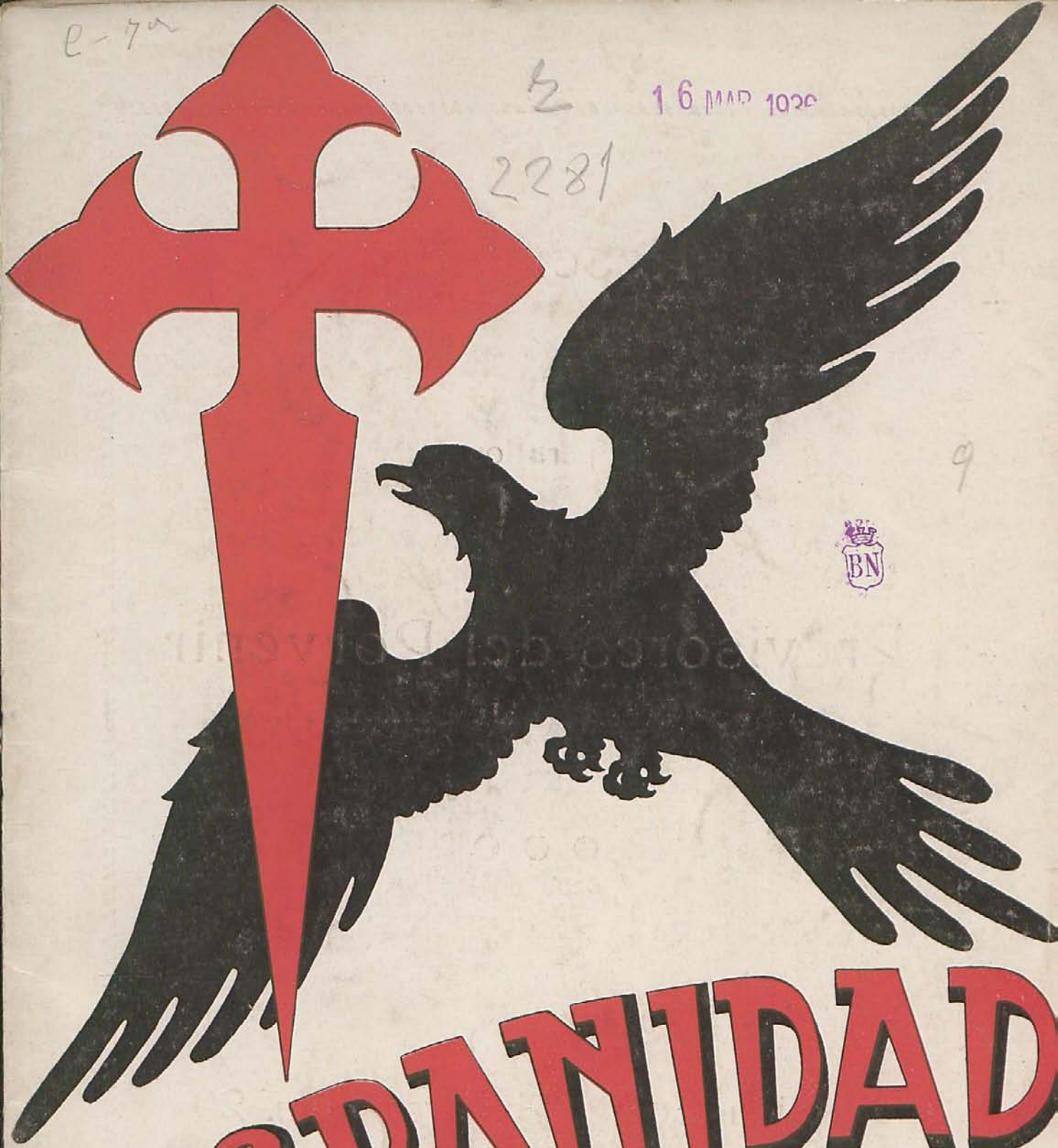
e-702

2

16 MAR 1926

2281

9



HISPANIDAD

1 MARZO



os car

Reservado

para los

Previsores del Porvenir



Avenida Conde Peñalver, núm. 20

Teléfono 14672

MADRID

LEA USTED
HISPANIDAD

Revista quincenal hispano-americana de Ciencias, Artes, Literatura, Política, Historia y Economía

●
La Revista de exaltación de España

●
La que evoca sus recuerdos, sus triunfos,
✦ ✦ ✦ sus glorias ✦ ✦ ✦

●
Los mejores escritores escriben para
HISPANIDAD

●
Las mejores fotografías las encontrará en
HISPANIDAD

●
¡Propáguela!, ¡Suscríbase!, ¡Anúnciese!

SUMARIO

ALONSO FERRER DE PLEGAMANS: El magnífico señor de Lepanto.—MIGUEL MARTÍNEZ DEL CERRO: Versos a España.—LUIS BERMEJO: Las Universidades.—RAFAEL BURGOS: España en Trento.—EMIRTO DE LIMA: La guitarra, instrumento romancero, vista a través de la Costa Atlántica.—EL MARQUÉS DE LOZOYA: Rutas de España: Impresiones de Segovia.—JOSÉ MARÍA PEMÁN: En el silencio de la tarde.

“HISPANIDAD”

Revista quincenal hispano-americana de Ciencias,
Artes, Literatura, Política, Historia y Economía

Si todavía no se ha suscrito, envíe sin pérdida
de tiempo el siguiente cupón a la administración:
Calle de Recoletos, 5. - MADRID

BOLETIN DE ADHESION

D.
domiciliado en calle de
desea suscribirse a «HISPANIDAD» por a cuyo efecto
envía por la cantidad de pesetas ⁽¹⁾
(forma de pago) (Firma)

(1) Un año, 10 ptas.; semestre, 6 ptas.

«HISPANIDAD» publica al año 20 números ordinarios y 4 extraordinarios.



REVISTA QUINCENAL
HISPANO-AMERICANA
DE
CIENCIAS,
ARTES,
LITERATURA,
POLITICA,
HISTORIA
Y ECONOMIA

CALLE DE RECOLETOS, 5.—MADRID

AÑO II - NÚMERO 9 - 1.º DE MARZO DE 1936

ESPAÑOLES de buena voluntad: ¿merecía la pena de hacer una revolución para esto? ¿Valía el trabajo de socavar un trono de quince siglos para imponer una república en un país donde fué preciso, por no haber republicanos, traer, con unos cuantos cretinos, peleles y mascarones, aquellos viejos caciques, aunque con otras casacas, los mismos perros de ayer juntos ahora con los lobos al olor de los tristes rebaños sin pastores?

RICARDO LEÓN

El magnífico Señor de Lepanto



Ojos claros, serenos
Si de un dulce mirar
Sois alabados...

.....

Aquellos ojos de mi Señora Emperatriz Isabel, se habían cerrado para siempre. Pasan los años y el César Carlos I marcha a Ratisbona a sofocar el incendio de barbarie que un fraile renegado atizaba con satánico afán. Ratisbona. Bárbara Blomberg, fué la elegida para que el César se mirase otra vez en ojos de mujer. Debió ser rubia como

las mieses de los campos simbólicos. Debió ser bella por ser la preferida, luego de ausentarse del noble pecho del Rey, la graciosa medalla de Isabel de Portugal. Bárbara Blomberg. Su modestia de hija de «pueger» se alzó temerosa hasta la estatua del César. Quizás entre desmanes separatistas de Dios y del Imperio, Carlos en Ratisbona, no tuviese otro consuelo que sus trenzas de oro. Así nació D. Juan de Austria.

Iba tejiéndose en la conciencia del Rey la imagen melancólica de Yuste. Y el hijo de aquella

alemana, ignorante de su origen, venía a España y al cuidado de Luis de Quijada—el más íntimo confidente del Emperador—permanecía en Leganés, haciendo vida de aldea, siendo el primero en revolver a la chiquillería con juegos de infantiles combates, pero siempre marcado con cierta distinción que declaraba su alcurnia. Carlos V en Yuste, preparando ya los negocios de la otra vida, se hacía traer a su presencia al flamante pajeillo, y más de una vez disimulaba las tendencias paternales, brotadas al conjuro de las gracias y donosuras del pequeño e ignorado príncipe.

«Buen ánimo, niño mío, que sois hijo de un nobilísimo varón. El Emperador Carlos V, que en el cielo vive y es mi padre y el vuestro». Así decía la intransigente majestad de Felipe II al pequeño Juan, luego de rodear su cuello con el collar del Toisón de Oro. En San Cebrián de Mazote, en el corazón de la paramera castellana, Bárbara Blomberg sonreía con orgullo de plebeya triunfante.

Pero el ocio y la vida muelle no fueron tendencias del Príncipe; y he aquí que un buen día desaparece para asistir como simple soldado a la conquista de Malta, empresa importantísima en el orbe cristiano. ¡Bendita enfermedad aquella, que le detiene en Zaragoza! Acaso ella fué como el hito que marcaba el comienzo del camino de su gloria.

¡Señor!, hoy vuestro hermano el Rey Felipe os hace Capitán de las galeras de Sicilia. A grandes empresas vais, Señor, y vuestro hermano, que es la columna maestra del mundo católico, ha orlado vuestra capitana con las más fabulosas hazañas de la edad antigua. Neptuno en su carro, rodeado de dioses antiguos. Alejandro Magno, Leónidas, Van a ser tus ejemplos en este viaje a dulces tierras de Italia, plácidos lugares que están sufriendo maldición de guerra. De Mesina a Mazalquivir, a Argel y a Orán, van vuestras galeras, sin perdonar a corsarios berberiscos que a tiro se ponga. Vuestros primeros pasos dignos son de los héroes de la antigüedad; sois el Argos del Mediterráneo. A los dieciocho años disteis fe de la sangre del César de Pavia y de Muhlberg.

Más tarde venciste a los moriscos sublevados, y a los renegados Aben-Humeya, Fernando de Valor y Aben-Abou, el del estandarte del mote orgulloso: «No pude desear más ni conformarme con menos». Vuestro almete, Señor, ciñe laureles que no han de marchitarse nunca.

En Venecia pelagra la isla de Chipre, esa isla de vinos suaves y deliciosos, que tientan la codicia de Selim II, el bebedor, el ebrio. Venecia, emporio comercial del Mediterráneo; Venecia, sentido territorial y material, llama en vano a los reinos de Europa, nadie contesta; sólo España y San Pedro que quieren ser una vez más estandarte de cruza-

da, quizá añorando los tiempos del valenciano Calixto III, el de la victoriosa batalla de los tres Juanes. Y sólo Juan de Austria podía ser el brazo ejecutor de los designios de la Santa Liga. Camino de Nápoles va el Generalísimo. Allí le recibe el Cardenal Granvela, que es como el emblema de fidelidad a Felipe II, y le entrega el estandarte de la confederación; sobre campo de azur, un crucifijo, y a sus pies, encadenadas de amistad y hermanadas en ideas, las armas de Pío V, de Su Majestad Católica y de la República de Venecia, y pendiente de ellas, las de D. Juan de Austria, brazo y cerebro de la gloriosa rota.

A Mesina le cupo la gracia de ver reunidas las armadas coaligadas: desde tiempos de Roma no había impresionado sus ojos espectáculo tan imponente. Desde Mesina a Corfú y a la isla de Cefalonia, marchaban doscientas ocho galeras y seis galeazas; y un solo ideal.

7 de octubre. Hoy será la jornada decisiva. Hoy, Señor, vuestros airoso y cincelados escarpines oprimirán la altivez mahometana. Hoy, como vuestro padre, os enseñorearéis sobre el furor encadenado con vuestro genio. 7 de octubre. En la maravilla del Escorial, al filo del alba, se reza por el buen final de la católica empresa. 7 de octubre. Hoy vengaréis a la desdichada Nicosia, «la de lamentables ruinas y mal derribados torreones». Grecia, madre amorosa de héroes y genios. Grecia inmortal, aquí están tus hermanos latinos a librarte de la media luna. Grecia, en tus aguas brillará la épopeya digna de Homero. Grecia, espera y confía en D. Juan de Austria.

Doblado el golfo de Cefalonia se avistó la escuadra turca. Señor. Recordad. Ceñisteis vuestra armadura de guerra. Montásteis en frágil embarcación, y como estatua viva, enarbolando el sagrado estandarte, recorrísteis galeras y galeazas animando al combate. Vuestro claro y sonoro acento impresionó a todos. Las trompas y atambores adornan vuestra arenga. Nunca vuestra inquieta figura, hijo del «rayo de la guerra», tuvo mejor marco. «¡Magníficos señores soldados—decía D. Juan—pelead con fe por vuestro Dios, que muertos o victoriosos gozaréis la inmortalidad!» Pero reparad, Señor, en un soldado flaco y macilento que yace en humilde camastro de la galera «Marquesa»; tiene la frente poblada de quimeras y la mirada penetrante en un más allá de su vida, que ha de ser gloriosa e impar. Su Capitán, Francisco de San Pedro, le invita a volver a su yacija, poco espera en el terrible combate de su feble humanidad; pero él, encendido de orgulloso rubor, le responde: «He servido muy bien a Su Majestad y así ahora no será menos aunque esté enfermo y con calentura; más vale pelear al servicio de Dios y de Su Majestad y morir por ellos, que bajarme

so cubierta». Señor, habréis adivinado quien fué el soldado de tan heroico temple, es el que en Lepanto perdió un brazo, y con el otro y con su sin igual ingenio, escribe ese monumento español que habla de las hazañas de un caballero de triste figura y olvidado lugar.

Señor. Yo quiero dejaros combatiendo, meneando el acero, siempre en peligro vuestra persona y sin que vuestro ánimo esforzado sufra mella al caer vuestros más distinguidos capitanes. «La más alta ocasión que vieron los siglos» ha sido esclava de Vos. ¡Victoria por los cristianos! Lepanto es vuestro triunfo y el de la Santa Cruz. ¡«Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes»! Así exclamaba llorando el santo padre Pío V.

De las claridades mediterráneas a las brumas de Flandes, recorriendo un calvario de sospechas y un camino de ingratitudes. Allí en Namur, a la edad en que murió el Redentor Divino, se apagó

su espíritu. Vestido y armado de guerrero iba en volandas en su féretro a hombros de las más poderosas naciones. Los españoles, los de casa, le llevaron, y después los alemanes y también los flamencos. Y al cubrir la tierra el vaso de arcilla en que brilló la llama más clara e intensa de su época, se buscó un epitafio, y nadie lo pudo encontrar más justo que aquel Bentivoglio que gastó sus dotes humanísticas y renacentistas, relatando las guerras de Flandes. «Ilustró su nombre con tres nobles empresas. En la primera enfrenó el atrevimiento morisco, en la segunda el orgullo mahometano, en la tercera el furor flamenco. En cada uno con los sucesos sobrepujo con grandes ventajas a la edad: porque venció a los moros apenas salido de la infancia, humilló a los turcos apenas entrado en la flor de la juventud y reprimió a los belgas con tal maestría de guerra que un viejo y consumado capitán no lo hubiese hecho mejor».

ALONSO FERRER DE PLEGAMANS



BELLO GRUPO DE PORCELANA DEL RETIRO, DE LA
COLECCION DE

DON PEDRO LOPEZ

PEZ, 15, Y PRADO, 3

MADRID

Y ALAMEDA, 25

SAN SEBASTIAN

VERSOS A ESPAÑA

¿Quién con torpe veneno, viña hermosa,
secó la savia en tus raíces?

¿Quién corrompió atrevido
el licor saludable de tu fruto?

¿Quién te injertó el sarmiento malo?...

¡Tú que eras el cuidado y la esperanza
de las tierras mejores, viña mía!

¡Tú que alzabas con noble gallardía
tus ramas y tus hojas
contra los vientos destructores!

¡Tú que desde tu altura ensombrecías
los confines de Oriente y de Occidente!

¡Tú que dabas vigor al mundo entero
con la vena olorosa
de tu licor de oro!...

¿Quién secó, viña hermosa, tus raudales?
¿Quién corrompió tu fruto?...

¡Arriba, viñadores,
a salvar a la viña con premura!
¡Alzad en vuestras manos diligentes
las herramientas de labor!

¡Mirad que, si os tardáis,
quizás pueda morirse abandonada!

¡Mirad que ya es la hora
y está todo en espera, viñadores!

¡Mirad que ya en el cielo
la nueva aurora esparce
luces de bendición, entre las nubes!...

MIGUEL MARTÍNEZ DEL CERRO

Cádiz, 1936.

Clínica del Dr. Luque

SANATORIO EXCLUSIVAMENTE PARA SEÑORAS

ATENDIDO POR RELIGIOSAS DE SAN VICENTE DE PAÚL



INTERNADO PARA OPERADAS Y DE MATERNIDAD



AVENIDA DE PABLO IGLESIAS, 58

(ANTES REINA VICTORIA)

(JUNTO AL STÁDIUM METROPOLITANO)

TELÉFONOS: 42290 - 42299

LAS UNIVERSIDADES

La actuación del pueblo español en el concierto internacional de la Historia, no ha sido apreciada en su justo valor. Una leyenda guerrera, en ciertas épocas imperialistas y matizada de un espíritu de intransigencia, ha sido la aureola que ha envuelto a todo lo español ante el extranjero, y se ha creado un falso concepto de nuestra raza, de nuestro rico y variado temperamento meridional, de nuestras aptitudes y hasta de nuestra historia.

No se ha pensado lo suficiente que la situación geográfica de España, avanzada occidental de Europa, cierre del Mediterráneo, hacia fatalmente de nuestro suelo el campo de batalla donde habían de resolverse muchos problemas históricos mundiales. Multitud de razas y pueblos dirimieron en nuestro suelo sus contiendas, negándole a España durante siglos la paz y el reposo necesarios para un espléndido florecimiento. Pero nuestro pueblo adquirió con ello los matices raciales más variados, su gran flexibilidad mental y un espíritu amplio y humanitario.

Al retirarse de nuestro país el impetuoso oleaje invasor de otros pueblos, que en España encontraron el muro infranqueable, dejaron siempre lo mejor que trajeran, la fortaleza de su raza o su cultura, como las aguas al retirarse lentamente, rota ya su fuerza, abandonan en el lecho los residuos más densos y más ricos que arrastraban.

Esta variedad y riqueza en la estructuración de nuestra raza, es lo que a veces desconcierta al historiador, que no ha vivido nuestro país, ni ha sentido la variadísima estructura mental de los españoles. Los hombres de España son tan varios como su suelo, desde los lujuriantes vergeles de Andalucía hasta las idílicas campiñas gallegas, pasando por las severas mesetas castellanas y salvando las abruptas montañas de los recios picos.

El pueblo español, por su historia, fué cosmopolita y aventurero. Sus naves recorrieron y casi dominaron todos los mares, al par que descubrían regiones inexploradas; pero al explorar y al descubrir, junto al espíritu de conquista propio de la época y no exclusivo de

nuestra Patria, marchaban nuestra civilización, nuestra cultura y nuestros sentimientos; que sangre propia e ideas, todo juntamente, llevaron y dieron los españoles a los mundos que abrieron a la civilización.

La característica de nuestro pueblo ha sido, al contrario de como han supuesto en otros países, un espíritu democrático y liberal tan amplio que, lejos de despreciar al indígena del pueblo conquistado, considerándole como de raza inferior, se ha mezclado con él, creando nuevas razas y propagando así su idioma y su cultura.

La historia de las Universidades españolas demuestra cuál es el verdadero espíritu español. Pero no puede juzgarse a la Universidad en sus momentos de decadencia, en contraposición a su florecimiento en otros países, cuando la balanza de la historia nos era desfavorable; como no puede reconocerse la capacidad de un hombre cuando la enfermedad le abate, la fiebre le postra y resta todas sus energías. Es preciso ver nacer y lanzarse a la palestra de las ideas a nuestras Universidades, para ver cómo surgía y qué espíritu las animaba.

Y veremos cómo la Universidad española tiene un origen hondamente nacional, un espíritu amplio de amor al saber, de universalidad y tolerancia. Las Universidades surgen por la inspiración del pueblo, personificado en sus consejos, y por las iniciativas patrióticas, serenas y augustas de sus Reyes.

* * *

En la Edad Antigua, la enseñanza era una obra casi personal, aislada, labor de un grupo de espíritus selectos. España se nutrió de la cultura de Oriente, que vertió en sus playas desde las costas de Asia y Africa y desde la Grecia inmortal.

Roma fué el pueblo que impuso sus gobernantes, su organización administrativa y aun familiar, su derecho. España, hostil al imperialismo, adoptó fácilmente las costumbres del conquistador y dió a Roma sus más cultos emperadores, los maestros y sabios más ilustres del Imperio. Caído éste, nuestro país fué el Tabernáculo sagrado donde se conservaron

para Europa los escasos conocimientos de los tiempos antiguos que pudieron salvarse del naufragio.

La invasión visigoda no aportó engrandecimiento cultural. Pueblo fuerte, sano, guerrero, el invasor, pronto adquiere la cultura del país invadido, más débil o más indolente, ante una invasión que rompía sus lazos de subordinación a otro pueblo, pero más selecto y más ilustrado.

Junto al noble visigodo convive el sacerdote cristiano y español, que sostiene el espíritu del pueblo y mantiene el fuego sagrado del saber, no con fanatismos, sino al contrario (San Isidoro), combatiendo la superstición en que habían caído los conocimientos debilitados o perdidos de los pueblos de Oriente.

En el transcurso de los siglos, la cultura va encerrándose cada vez más en la clase sacerdotal y se produce fatalmente un estancamiento; la orientación de los conocimientos toma, como es lógico, un matiz cada vez más teológico, más limitado y concreto, menos universal. En contraposición a esta cultura cristiana, los árabes traen la peculiar suya, la del Oriente actual, que análogamente enseñan en sus mezquitas. Surgen entonces las escuelas, donde en simpática promiscuidad se cultiva en España el saber de pueblos diversos, difundiéndose por todas partes el prestigio de nuestras escuelas andaluzas. En las catedrales y conventos, sus escuelas se dedican casi exclusivamente a la formación de los sacerdotes.

Llegamos así al siglo XI, con un pueblo educado en la tolerancia, donde el cristiano convive con el musulmán de sectas diversas y el judío, y en este terreno, tan favorablemente abonado, germina la Universidad española.

En otros países fué casi siempre la Iglesia o la clase sacerdotal, que espiritualmente los dirigía, la que, ampliando sus estudios, creaba las Universidades. En España es el pueblo, personificado en sus Consejos o Municipios, es el poder Real el que siente el anhelo de la sabiduría y toma sabias y prudentes iniciativas, conducentes a la máxima generalidad de los estudios.

Así vemos a los Reyes castellanos y aragoneses crear los primeros «Estudios generales», nombre que recibían las Universidades de aquella época, dictar sabias pragmáticas,

conceder privilegios; y vemos a los Consejos y aldeas crear y sostener enseñanzas, siendo las Corporaciones populares las que principalmente mantienen las enseñanzas, pagando a los maestros.

Aunque en la clase sacerdotal se encuentran la mayor parte de los maestros, como era lógico, dada la organización social de la época, los Estudios generales no tienen dependencia, subordinación, ni aun carácter eclesiástico; así lo prueba que se respetaban las enseñanzas en las catedrales y conventos como privativas de ellos y que la Facultad de Teología no se incluyó ni existió en nuestras Universidades hasta más de siglo y medio después, aproximadamente, de su fundación. Búscase, sí, la armonía con la Iglesia y su apoyo; y por ello, Reyes y magnates, solicitaban Bulas del Papa que dieran a la Universidad mayor prestigio y sirvieran para robustecerla y defenderla.

Las primeras Universidades castellanas fueron las de Palencia y Salamanca, creadas casi simultáneamente en los reinos de León y Castilla. La enseñanza en catedrales y mezquitas había adquirido un gran prestigio, que mantenían cuidadosamente los cristianos enviando maestros a París y Bolonia para ampliar su cultura y seguir al día los conocimientos de entonces; los musulmanes, por la llegada de maestros de Oriente y por la renovación constante de su sabiduría, aprovechando su obligada peregrinación a la Meca, que los ponía en contacto con otros pueblos.

Entonces los Reyes, que ávidamente seguían los latidos de sus pueblos, quisieron dotar a éstos de centros donde adquirieran la máxima enseñanza posible; y D. Alfonso VIII de Castilla «convocó sabios de Francia e Italia», unidos a figuras eminentes del país, «para que no faltase a sus reinos enseñanzas de sabiduría, y puso en Palencia maestros de todas las facultades».

Estos estudios tuvieron carácter general, de Universidad, en 1212, pero aunque el Rey dotó a la naciente Universidad de recursos para sostenerla, la muerte del monarca, acaecida en 1214, apenas desarrollada su obra, dejó desamparada ésta, que vió atacados sus privilegios, mermados sus recursos y dispersos gran número de sus maestros. Gracias al esfuerzo personal del Obispo D. Tello, pudie-

ron sostenerse los estudios hasta la muerte del mismo, en 1346, fecha en que se marca una acentuada decadencia, a pesar de la concesión por Bula de Urbano IV (1263) del título de «Estudios Generales», equiparándola en las escuelas de París. Las causas principales de la decadencia fueron, sin duda, el floreciente desarrollo de la Universidad de Salamanca y la creación de la de Valladolid.

Se supone creada la Universidad de Salamanca por Alfonso IX de León, en 1200. Tal vez en esta fecha no poseyera sino estudios eclesiásticos, y el Rey no hiciera sino dotarla de recursos entre los años de 1212 y 1215. En realidad es en 1242 cuando el Rey San Fernando le concede los privilegios, base de su desarrollo y grandeza futura; y a su testimonio se debe atribuir a su padre la fundación de la Universidad.

La figura cumbre de Alfonso X el Sabio, que tanto hiciera en todos los órdenes del saber por su país, causando la admiración de propios y extraños, es la que intensifica la vida universitaria española, la que define realmente la Universidad: el privilegio de este Rey, reglamentando las escuelas de Salamanca y las Partidas, son las primeras leyes españolas en materia de enseñanza universitaria. Ellas hacen brillar con honra y prestigio nuestros centros universitarios, los dan esplendor, despliegan ante el mundo nuestra cultura y hacen acudir a ella estudiantes de los países comarcanos.

La Universidad de Salamanca tiene, pues, el origen eclesiástico señalado como predominante en otros países; pero Alfonso el Sabio rompe la dependencia del Obispado, amplía los estudios y crea el verdadero fuero universitario; no da en ella cabida a la Facultad de Teología y en cambio estimula la enseñanza del Derecho, de Lógica, la Física (Medicina) y la Gramática. La aprobación del Papa Alejandro fué concedida medio siglo después de la fundación (1255), y la Facultad de Teología se agregó siglo y medio después de las Partidas.

La Universidad de Valladolid debió crearse hacia el año 1260, aprovechando o contribuyendo a la debilitación de la de Palencia. En 1304, el Rey Don Fernando IV dió una Real Cédula dotándola con 20.000 maravedises anuales, y el Consejo de Valladolid, sus villas

y aldeas, contribuyeron a su sostenimiento, teniendo estos estudios generales un carácter genuinamente municipal y seglar, sin conocida intervención del clero. El Municipio es el sostén principal y él paga al profesorado. No obstante, Alfonso XI recabó Bula de la Santa Sede (1346) para conquistar así la benevolencia de la Iglesia, que no la miró con las simpatías y apoyo que prestara a Salamanca.

Además de estas tres Universidades castellanas del siglo XIII deben citarse los muy famosos estudios de Sevilla, en los que Alfonso el Sabio acogió a los «físicos extranjeros que vinieren de allende» y los estableció para enseñar «arábigo», palabra con que se designó, indudablemente, por el pueblo la enseñanza de la Filosofía, las Letras, la Medicina y las Ciencias naturales. La Universidad de Sevilla tiene como tal un origen posterior.

Las Universidades aragonesas son posteriores en su origen, tal vez por su proximidad y trato con Francia e Italia, que atraían sus estudiantes. La primera fué la famosa y digna de examen por todos conceptos, Universidad de Lérida. Fué fundada en 1300 por Don Juan II, que en sus privilegios «prohíbe que se enseñe derecho canónico, civil, medicina ni filosofía en parte alguna de sus estados fuera de la ciudad de Lérida». Se enseñaba en ella Derecho, Medicina, Filosofía y Artes, incluyendo en éstas la Física y la Gramática. El Municipio ejercía el papel predominante en su sostenimiento, pagando sueldos fijos a los catedráticos, que además recibían «propinas» de sus alumnos por las enseñanzas. Existían, además de los maestros, doctores y «privati doctores» que cobraban de los estudiantes según sus enseñanzas. El rector era nombrado anualmente por los estudiantes, que disfrutaban de fueros y privilegios sumamente curiosos.

Siguió a esta Universidad la de Huesca, establecida por privilegio de Pedro IV de Aragón en 1354, siendo la primera en que se estableció la Facultad de Teología. Su vida es también municipal, la dirección la ejercen los jurados de Huesca, que pagan al profesorado, y se establecen impuestos sobre la carne y otros análogos para arbitrar recursos. Alcanzó mucha menor importancia y vida más efímera.

Al finalizar el siglo XV empiezan a florecer

los Colegios mayores y menores al amparo de la Universidad. Tales fueron el Colegio Universidad de Sigüenza, en 1476; el Colegio de Santa Cruz, en Valladolid, fundado por el Cardenal Mendoza en 1484; y el de San Gregorio, en Valladolid igualmente.

En Sevilla se disputan la hegemonía de la enseñanza los colegios de Maese Rodríguez y de Santo Tomás. En Toledo el esplendor de sus escuelas durante toda la Edad Media es sostenido aún por el Colegio de Santa Catalina.

Pero la iniciativa más importante, la que perduró con mayor esplendor fué la del Cardenal Cisneros, fundando en 1500 la Universidad de Alcalá. Fué dotada por él espléndidamente y llegó a ser una rival temible de Salamanca. Congregó para ello Cisneros los maestros de más prestigios y la dotó no sólo de recursos, sino de una organización autónoma. Tal fué la autoridad e independencia que su fundador dió a la Universidad de Alcalá, que no faltaron cuestiones delicadas de competencia, incluso frente al poder Real, graves conflictos frente a la Villa y autoridades locales, de escaso prestigio en tan reducida población, y animosidad y graves dificultades creadas por los Arzobispos de Toledo, que no veían con simpatía un poder autónomo tan grande en su jurisdicción eclesiástica. Esto, unido a rivalidades que explican cómo pudo ser un enemigo de Alcalá el gran Cardenal Fonseca, que fundaba la Universidad de Santiago y un Colegio mayor en Salamanca.

Los Monarcas que más contribuyeron al esplendor de las Universidades, que alcanzan su auge en el siglo XVI, fueron los Reyes Católicos y Felipe II. Este procuró atajar males que ya se iniciaban y habían de ser causa de la debilitación de nuestro prestigio.

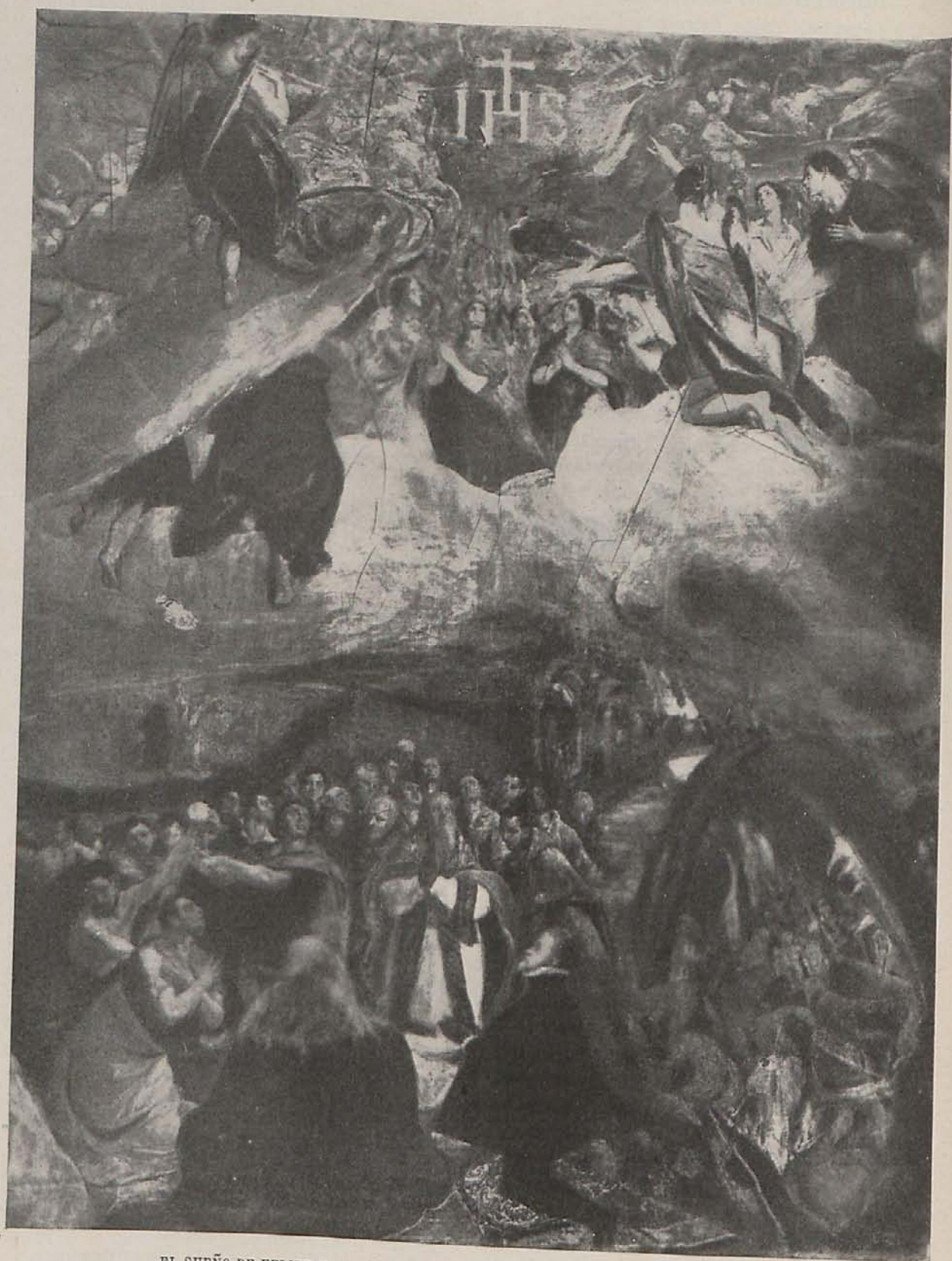
Fué en el siglo XVI cuando se multiplicaron en términos tales los Colegios-Universidades y Conventos-Universidades, que pronto el desbarajuste se inició, se desprestigiaron títulos obtenidos a poco coste, y esta plétora de altos estudios dió al traste con nuestro prestigio. Citemos someramente, como muestra reducida de tales creaciones, la organización de la Universidad de Granada en 1540; las fundaciones de Universidades en Lucena (1533),

Sahagún (1534), Baeza (1533), Gandía (1546), Osuna (1548), Orihuela (1552), Tarragona (1572), restauración de la de Zaragoza (1583), Oviedo (1608) y Pamplona (1608). Todo ello, sumado a multitud de centros de menos categoría y pretensiones.

El nivel de cultura de estos centros empezó a bajar, iniciándose a fines del siglo XVI la decadencia de las Ciencias matemáticas, físicas y naturales. Entonces es cuando España, coincidiendo de su debilitación política, comenzó a perder su relevante papel cultural en Europa; la decadencia universitaria continuó lentamente, salvo un ligero esplendor y renacimiento en la segunda mitad del siglo XVII.

Las dificultades nacionales son siempre un obstáculo insuperable para toda actividad, sobre todo la docente, y no han faltado en España trastornos que entorpecieran nuestro renacimiento universitario. Al mediar el pasado siglo comienza de nuevo la organización de la enseñanza española, que va lentamente mejorando gracias a la abnegación de un profesorado carente de ambiente y de recursos. Al comenzar este siglo se acentúa un franco desenvolvimiento; se inicia la atención pública hacia los magnos problemas de la enseñanza, el profesorado busca el contacto con otros centros extranjeros, la orientación experimental comienza a dar frutos y puede afirmarse que el terreno está preparado para un brillante florecimiento. Tal vez aún subsiste alguno de los viejos vicios que anularon nuestras gloriosas Universidades: su crecido número y su escasa dotación y recursos. Pero también asistimos a un momento que recuerda la de nuestros Reyes, sabios, prudentes y patriotas del siglo XI. Este momento, seguramente trascendental, fué la creación, por iniciativa de Su Majestad, de la Ciudad Universitaria en Madrid. Rehacemos nuestra historia; sólo falta que, como en aquellos memorables siglos, los Municipios y las representaciones populares comprendan todos que la grandeza de los pueblos depende, más que de sus conquistas militares, inadmisibles en estos tiempos, de la conquista moral de la humanidad toda por el saber, la producción científica y el prestigio cultural e ideológico.

LUIS BERMEJO



EL SUEÑO DE FELIPE II (Cuadro del Greco que se conserva en el Monasterio de El Escorial)

España en Trento

(CONTINUACIÓN)

VI

El Concilio

A la muerte de Clemente VIII fué elegido Papa el Cardenal Alejandro Farnesio, el día 13 de octubre de 1534, tomando el nombre de Paulo III. Era de edad avanzada, sesenta y siete años, y poco antes de ser llamado a regir los destinos de la Iglesia, había padecido una larga y grave enfermedad. Gran político, quizá en exceso, enérgico de carácter, atenta su mirada a los graves sucesos de Alemania, desde el primer momento de su elevación al Pontificado no tuvo otra preocupación que la de convocar rápidamente el Concilio. No solamente cabe a este Papa la gloria de haber iniciado la verdadera reforma de la Iglesia, sino entre otras sabias disposiciones, tiene a su favor la trascendentalísima publicación de la Bula, en la que se declaraban ser iguales los pobladores del Mundo recién descubierto a los soberbios habitantes del Viejo Mundo, capaces de merecer a los ojos de Dios y dignos, por tanto, de todos los derechos y deberes comunes a todos los hombres. En una palabra: eran seres humanos como los demás habitantes del Universo. Parecerá extraño que se le atribuya tanto honor a estas declaraciones del Papa. Recuérdese, sin embargo, que a aquellos hombres del XVI les era muy difícil hacerse a la idea de que aquellos seres de tostada piel, de abultados labios, que vivían desnudos y semisalvajes, fueran hermanos suyos y que Dios les escuchara lo mismo que a ellos. El Papa puso bajo la tutela de españoles y portugueses el Nuevo Mundo, encargándoles la obligación que tenían de hacerlos llegar al conocimiento de la verdad, encarecimiento que, dicho sea de paso, no necesitaban los españoles de aquellos tiempos, pues no comprendían la vida de otro modo que luchando por la extensión de la fe de Cristo.

Puede decirse que este período ocupa la parte más intensa y decisiva no sólo de la Historia de la Iglesia, sino también de la de

España. En este período es donde el Emperador se nos presenta como el verdadero Tutor y Defensor de la religión católica. Si una buena parte del buen éxito del Concilio en cuanto Sinodo eclesiástico para la definición del dogma y establecimiento de las leyes para el mejoramiento de las costumbres, corresponde a los católicos en general que intervinieron en él, otra no menor corresponde a España, cuyo Emperador tomó sobre sí la tarea de llevarlo a buen fin. De haber sido Carlos el inficionado de las ideas protestantes que quieren ciertos autores, no hubiera sido, ciertamente, el paladín de la causa del Concilio. Los testimonios son tan abrumadores que no es posible evadirse de la verdad histórica. Si Carlos hubiera abandonado la defensa de la fe y dejado la libre propaganda de las ideas luteranas, otra hubiera sido la suerte de Europa. Es verdad que no siempre tuvo acierto en sus empresas. En último caso, es necesario creer en la buena fe que alentó en todos los momentos de su vida. De haber encontrado el apoyo de los demás Príncipes, es seguro que el protestantismo habría sido ahogado en su nacimiento mismo. Se ha dicho y con razón, que Carlos puesto en la alternativa de escoger entre la corona y una misa, se hubiera quedado con ésta, despreciando aquélla. No hubo, pues, condescendencias por su parte por miedo a perder su soberanía. Lo único que le preocupó en todo momento fué la defensa de la religión y no el sostenimiento de sus reinos que no los quería sino para ponerlos a los pies del Crucificado.

Paulo III, por fin, se decide a poner manos a la obra y convocar el Concilio universal, que debía celebrarse en Mantua el 23 de mayo de 1537. Envía delegados, da órdenes, empieza los preparativos. Mas a pesar de todo, algunas frases deslizadas en sus cartas y en las de los embajadores, hacen suponer que el Papa no quería el Concilio. Si esto era cierto, los acontecimientos vinieron a favorecerle.

Alemania declaró que no tenía nada que ver con un Concilio convocado por el Papa. Enrique VIII, por su parte, hizo cuanto pudo para entorpecer la celebración de aquél. Las

continuas guerras de Carlos contra turcos y franceses, imposibilitaron todo intento serio de Concilio. Así hubo de prorrogarse año tras año hasta 1545. Entretanto, los luteranos se preparaban para la guerra contra los Estados católicos. A esta guerra prometían su asistencia el Muy Cristiano Rey de Francia, y Enrique VIII, ya separado definitivamente de la Iglesia. No se llegó, sin embargo, a ella y se convino una tregua de quince meses. En ese tiempo se celebrarían coloquios religiosos en sustitución del Concilio. Carlos accedió a lo que se le pedía a pesar de su resistencia a tratar en las Dietas de asuntos de religión. Esperaba que mientras tanto se convocara el Concilio y no llegara a tratarse por los Príncipes de las cuestiones de orden espiritual.

El Papa envió legados a estos coloquios que empezaron en Hagenau, continuaron en Worms y terminaron, por fin, en la Dieta de Ratisbona. En esta conversación se llegó a una aparente concordia y debiéndose marchar el Emperador, que había presidido la Dieta, a la campaña de Africa, publicó el llamado *Interin* de Ratisbona, que no satisfizo a nadie, pero que de momento dejaba libre al Emperador para atender a otros negocios.

Por fin, después de nuevas moratorias, el Papa en su Bula del 19 de noviembre convocaba el Concilio para el 15 de marzo de 1545, fecha que luego se retrasó hasta el 13 de diciembre del mismo año, en cuyo día se tuvo la primera reunión del Concilio.

Fué elegida la ciudad de Trento, en el Tirol, porque, aunque era ciudad italiana, pertenecía al Emperador y «así su Majestad podía decir libremente a los luteranos que debían guardar lo acordado en el Concilio celebrado en Germania, a ruegos y solicitud de su Majestad, por causa de ellos» (Carta del P. Soto).

A pesar de los mejores deseos del Emperador para atraer a los protestantes, en la Dieta de Worms, abierta el 15 de enero de 1545 y presidida por el Rey de romanos, hermano del Emperador, éstos se negaron rotundamente a asistir al Concilio y más aún a aceptarlo, pues ellos contaban con la asistencia del Espíritu Santo y ninguna necesidad tenían de Concilios.

El Emperador llegaba a la Dieta en el mes de mayo y creyó que su presencia bastaría

para reducir a los rebeldes. No fué así y ya Carlos no pensaba en otra cosa que en hacerles la guerra, respondiendo al gesto de la Confederación de Esmalcalda, para lo que solicitaba la ayuda del Papa. En estas negociaciones se perdió mucho tiempo. Entretanto, y ya abierto el Concilio, el Emperador disponía un nuevo coloquio religioso en Ratisbona. Con este coloquio pretendía el Emperador distraer a los protestantes mientras él hacía los preparativos conducentes para hacerles la guerra, aparte de que de esta forma pudo cerrar más fácilmente la Dieta de Worms, ya un poco peligrosa. La paz con Francia, la tregua concertada con el turco y las buenas relaciones con el Papa, que le ayudaría en la empresa, le hicieron entrever que era llegada la hora de reducir de una vez a los luteranos por la fuerza de las armas, ya que no había sido posible por la de los razonamientos y tolerancias.

El ofrecimiento hecho por el Papa Paulo III al Emperador para hacer la guerra a los protestantes, era este: 300.000 escudos, pagaderos a los seis meses; 12.000 infantes y 500 caballos. De España irían a Alemania 10.000 infantes y 500.000 escudos.

Después de grandes dilaciones llegaron las tropas pontificias y se unieron a las españolas, que ya habían iniciado el ataque. La victoria hubiera sido facilísima para las armas del Emperador, quien anunciaba que el objeto de la guerra era castigar al landgrave de Hesse y al elector de Sassa, si el Papa, imprudentemente, no hubiera hecho públicas las capitulaciones entre él y el Emperador, declarando que éste hacía la guerra por motivos de religión. Esto hizo que se unieran en un bloque compacto los Estados protestantes, haciendo más difícil la victoria. El Emperador prefería hablar de los motivos políticos solamente, pues de esta forma eran menos los enemigos y podía vencerlos más pronto, imponiendo luego su voluntad como quisiese.

Parecerá extraño a ciertas personas que el Emperador hiciese la guerra por fines religiosos exclusivamente. Y podrá argüirse sobre la licitud de dicha guerra, ya que, aunque la religión es un deber principalísimo en el hombre, no puede ésta ser impuesta por la fuerza. Y más aún se extrañará el lector cuando sepa que esta guerra contra los protestantes no sólo

fué aconsejada, sino casi exigida como caso de conciencia, por el confesor del Emperador, el P. Pedro de Soto, de tal forma, que de no hacerse la guerra a los protestantes, él declinaría su cargo de confesor, pues no quería cargar con la responsabilidad que se siguiera. No cabe duda que a este gran teólogo pertenece una buena parte del éxito de la empresa.

Veamos lo que dice el Emperador acerca de esta guerra: «Ya tenéis entendido, escribía a su hijo Felipe II, lo que ha pasado en lo que toca a la empresa que el año pasado se pensó hacer contra los protestantes para reducirlos a la fe y apartarlos de las ideas que tienen, visto que no se veía y ni se hallaba otro medio más conveniente, habiendo procurado el remedio por tantas vías para no venir a tales términos». Añade luego que «considerando el estado en que están las cosas de la religión, y en la confusión en que se halla la Alemania y la poca esperanza que se tiene de que su voluntad quieran reducirse y dejar lo que siguen y volver al gremio de la Iglesia, como se ha visto por experiencia en lo pasado (esta experiencia es de veinte años, nada menos) y conociendo cuanto ésta se ha extendido y que cada día se va acrescentando y que si no se remediase, sin más dilación, podía seguirse grandes daños y inconvenientes y aun por el peligro que estas tierras bajas (la carta está escrita en Flandes) correrán por la vecindad que tienen con la Alemania y finalmente por ser cosa tan de servicio de Nuestro Señor y aumento de su santa fe católica y reposo de la Christiandad, a la que tenemos tan particular obligación por la dignidad en que Dios nos ha puesto mayormente que aunque habemos hecho en tantos trabajos, visto que no se ha podido hasta ahora ejecutar por su pertinencia y otros respectos particulares de algunos que lo han querido impedir, habiendo bien mirado y considerado como cosa de tanto peso y calidad y comunicado en Worms con el serenísimo Rey de los romanos, nuestro hermano, y teniendo parecer de otras personas servidoras nuestras, nos hemos resuelto a hacer la dicha empresa en este presente año, placiendo a nuestro Señor, teniendo lo que es necesario del dinero y si no lo tuviéramos, con lo que pudiéramos tener, porque ya es cosa forzosa».

Carlos expone aquí los motivos religiosos que le inducen a la guerra, aunque no cita los políticos, que, sin duda alguna, no dejarían de pesar sobre su ánimo. Porque si bien es verdad que no es lícito hacer la guerra para imponer la fe, no hay que olvidar que los príncipes protestantes se valían de la naciente Iglesia para fines completamente políticos y que nada tenían que ver con la religión.

El protestantismo había robustecido el poder de los príncipes adheridos a la nueva fe, se habían apoderado de los bienes de las iglesias y conventos y podían tener las mujeres que se les antojaran. Esto es lo que les interesaba a los príncipes, lo demás les tenía sin cuidado. Por esto, a pesar de las declaraciones de Carlos, la guerra contra los protestantes, no es guerra de religión, sino secular, para restablecer el orden y someterlos a la obediencia. Lutero no se había recatado de injuriar al Emperador que, según él, no era sino «un mercenario del Papa o un ladrón de caminos; no hay diferencia alguna entre un homicida y el Emperador».

Aparte de esto, recuérdese de paso los graves desórdenes de Westphalia, que en sus locuras y monstruosidades se adelantó con mucho a la época del Terror en Francia.

El Emperador presentó la batalla, pero el landgrave de Hesse y Federico de Sajonia huían pidiendo la paz. Como no les hiciera caso alguno el Emperador y habiendo entrado éste victorioso en Rottenburg, comenzaron los luteranos las hostilidades. La desigualdad era notoria: 22.000 hombres entre españoles, italianos y del Papa, debían luchar contra 50.000 alemanes. A pesar de esta desigualdad, Carlos adelantaba en su marcha victoriosa, hasta derrotarlos en la batalla de Muhlberg, en donde se habían concentrado.

No nos interesa los incidentes de esta guerra y sólo queremos hacer resaltar el espíritu cristiano con que la acometió. Podríamos describir aquellas angustias del Emperador ante el incumplimiento por parte del Papa de su palabra de ayuda en la expedición contra los luteranos, aquellos desalientos que más de una vez le acometieron a vista de la falta de dinero, aquella insistencia en pedir a Paulo III la autorización para obtener el dinero que necesitaba para continuar la guerra, de las riquezas de iglesias y conventos de España,

ya que los destinaba para su lucha contra los enemigos de la fe católica. Pero basta ya de batallas. La gran campaña de Carlos V, como dijo Oliveira Martins, es el Concilio de Trento. En esa Asamblea es donde repercuten todos los actos del estadista, todas las victorias y derrotas del guerrero; esa Asamblea es el centro al que convergen todas las mallas de la enmarañada red de la política de Europa; en esa Asamblea vemos el genio de España reformando la religión, antes que la intervención del príncipe luchando para defenderse de sus émulos.

VII

Convocación del Concilio Tridentino

Omnium generalium conciliorum in Ecclesia Catholica habitorum nec per longius tempus productum, nec diutius expectatum desideratumque est quam Concilium Tridentinum. De todos los Concilios generales habidos en la Iglesia Católica ninguno ha sido tan esperado ni tan vivamente deseado como el Concilio Tridentino. Así empiezan las Actas de aquella trascendental Asamblea.

Esta se reunió, conforme dejamos indicado, el 13 de diciembre de 1545. Con asistencia de los Legados y Padres, se celebró Misa de pontifical en la iglesia de la Santísima Trinidad de Trento. Estaban presente los Embajadores de Fernando I y el español D. Alfonso Zorrilla, quien en nombre de D. Diego Hurtado de Mendoza, Embajador del Emperador, presentó las excusas de aquél por no poder asistir. Luego leyó una carta del mismo Embajador, cuyo encabezamiento *sacrosanctae synodo generali Tridenti congregatae ecclesiam universalem representati*, dió origen durante todo el Concilio a más de una discusión. El Cardenal del Monte aceptó las excusas del Embajador y leyó la Bula por la que se convocaba el Concilio. Empieza dicho documento explicando los deseos que el Papa tenía desde el principio de su pontificado de remediar los males que aquejaban a la república cristiana. Hace un llamamiento a los Príncipes, exhortándolos a que envíen al Concilio que se convoca a los Prelados de su reino y asistan ellos a poder ser o envíen legados suyos. Fija, por

último, la ciudad de Trento para el lugar de las deliberaciones.

El mismo día se celebra la primera reunión. El Cardenal Legado pregunta a los Padres reunidos en el Concilio si estiman conveniente declarar abierto el Sacro y General Concilio Tridentino en honor y gloria de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, para incremento y exaltación de la fe y religión cristiana, para la extirpación de las herejías, para la paz y unión de la Iglesia, reforma del Clero y pueblo cristiano. Respondiendo los Padres afirmativamente, queda abierto el Concilio. Se señala una Comisión que estudiaría en días sucesivos el orden a seguir en las deliberaciones.

Y ya aparece el nombre de un español unido íntimamente a los trabajos de la Asamblea: el P. Domingo de Soto. Redactó las seis primeras sesiones. Era religioso de la Orden de Santo Domingo y asistía en representación de su General.

España envió a aquella magna Asamblea treinta y siete Obispos, de los cuales treinta y uno asistieron personalmente y seis fueron representados por un Procurador. Todos iban acompañados de eminentes Teólogos y Canonistas. Aparte de esto se encontraban también los Teólogos del Papa y los del Emperador.

El Concilio no estaba aún de acuerdo al empezar sus deliberaciones: unos optaban por el dogma, dejando para el final la reforma; otros, españoles en su mayor parte, propugnaban por la inmediata depuración de los abusos y reforma de costumbres. Este era también el criterio del Emperador y el de su Confesor P. Soto. Sin embargo, tanto el Papa como sus Legados querían tratar antes del dogma, relegando a segundo término la reforma. Siendo la causa principal del Concilio la corrección de los abusos y licencia de costumbre, era lógico que debía empezar por este punto, para gozar así de mayor autoridad y destruir el único baluarte de los protestantes.

Surgió una tercera proposición media. Se discutiría todo a la vez, alternativamente.

No agradaba a los Legados ni aun al mismo Papa esta grande influencia de los españoles en las cosas del Concilio. Más de una vez los Legados pedían al Papa que les enviara más Obispos italianos para contrarrestar el empuje de los españoles. Además, con la proposición

lanzada por el Embajador de Carlos y suscrita en su mayoría por los españoles, de que el Concilio debía unir a sus títulos el de «representante de la Iglesia Universal», se habían excitado los ánimos, murmurándose que los partidarios del Papa querían hacer el Concilio a su medida.

Esta oposición se agravó hasta el extremo de que pensara Pablo III en la traslación del Concilio a Bolonia, ciudad perteneciente al Papa, cosa que se llevó a cabo con el pretexto de una supuesta peste declarada en Trento, pero que en realidad no se pretendía otra cosa que poner al Concilio bajo su dominio, haciendo así más difícil la ingerencia del Emperador en la marcha de aquél.

Esta traslación fué un rudo golpe para Carlos que a toda costa quería revestir el Concilio de las máximas garantías de libertad e independencia, cosa que sería más difícil celebrándose en una ciudad pontificia, «donde no se tendrían los votos por libres, como lo eran en Trento».

«El P. Soto es de opinión, dice Verrallo, Nuncio del Papa cerca de Carlos V, que si los Reverendísimos Señores Legados y Prelados se trasladaron por temor a la peste, según se dice, sin consultar con Su Santidad ni con Su Majestad, a quienes debían notificar sus propósitos, al menos para la elección del lugar, Su Santidad debe remediar el mal obligándoles a volver, ya que se ha demostrado, por informes aquí llegados, que no existía tal peste». De esta forma «no habrá motivos para decir que fué trasladado a una ciudad de Su Santidad con el fin de hacerlo a su gusto; lo cual escandalizará mucho, no sólo en la Germania, sino también en otras naciones».

El Emperador ha cursado órdenes a los Padres reunidos en Trento que no salgan de allí, sin su especial permiso, rogándoles al mismo tiempo que se abstuvieran de toda clase de reuniones que pudiera interpretarse como una continuación del Concilio, pues esto podría provocar el cisma.

Carlos vuelve a instar para que el Concilio regrese a Trento, como antaño, para que se convocara.

A esto no tiene ahora el Papa otra respuesta que dejarlo en Bolonia y hasta piensa en disolverlo, sin fijarse en los estragos

que la herejía continuaba haciendo en las filas católicas.

A pesar de todo, ni los deseos del Emperador ni los de los católicos de Alemania, que lo esperaban todo del Concilio, fueron satisfechos. El Papa se entendía con Francisco I, enemigo perpetuo del Emperador. Carlos V envió su protesta al Concilio, que fué leída en plena sesión el 23 de enero. El Concilio fué suspendido, meses después, por orden del Papa.

Mientras tanto en la Dieta habían ya tratado sobre las cuestiones de religión que era lo que el Emperador precisamente quería evitar a toda costa.

La suspensión del Concilio fué hecha el 13 de septiembre de 1549, y ya hasta el 1 de mayo de 1551 no se celebró nueva reunión, la 11.ª sesión del Concilio, ya trasladado nuevamente a Trento. Reinaba Julio III, sucesor de Pablo, que murió al poco tiempo de suspender las deliberaciones del Concilio en Bolonia. Esta segunda época del Concilio fué una de las más fructíferas, en la que no faltaron representaciones de la Iglesia de Alemania tan valiosas como la del elector de Tréveris.

Carlos, a pesar de las derrotas sufridas, no cesaba de trabajar por reducir a los protestantes a la obediencia a Roma, y así, en la Dieta de Augsburgo, había propuesto claramente su deseo y más tarde su mandato de que se sometieran a las deliberaciones del Concilio. Los protestantes, que se acordaban todavía de la derrota de Mülhberg, accedieron a enviar teólogos al Concilio, pero querían antes guardar las espaldas, para lo que pedían se les proveyera de un salvoconducto del Emperador y otro del Concilio. Ambos fueron concedidos, y aparte del ya mencionado elector de Tréveris, se presentaron en Trento los enviados de los Estados de Brandeburgo, Reutlingen, Estrasburgo, Biberach, Ravensburgo, Lindau, Sajonia y Wurtemberg. Los propósitos de éstos, a pesar de las intimaciones del Emperador, no eran ni mucho menos la sumisión. Júzguense sus móviles por la carta que Salmerón dirigía a San Ignacio de Loyola a este propósito: «Por diversas vías han captado una misma solución, diciendo que sus príncipes, rogados del Emperador, los enviaba a Trento, donde se decía que había un convento de personas que trataba de cosas de la fe,

llamado Concilio Universal, y que ellos decían que sus príncipes habían prometido al Emperador demandar sus Letrados y estar en lo que se definiera en Trento, cuando se celebrase en él Concilio libre, universal y cristiano, y que éste no es libre, porque los Obispos que están en él tienen hecho juramento de fidelidad al Papa. Tampoco que no es universal, porque no hay de todas naciones en él. Asimismo que no es cristiano, porque han definido muchas cosas contra la Escritura, máxime en el artículo De Justificatione, y por esto piden que se deputen otros jueces fuera de los Obispos y el Papa».

Pero en verdad los protestantes no querían ningún Concilio ni aun el libre de que hablaban. La realidad era muy diferente. Ellos procurarían entorpecer la labor de la Asamblea mientras que el elector Mauricio de Sajonia se entendía con el Rey de Francia para caer sobre Trento y hacer prisioneros a los Padres del Concilio.

Los enviados de los príncipes alemanes fueron marchando tal como habían venido, esto es, sin decir nada a nadie. Poco después, la ciudad de Augsburgo caía en poder de los luteranos, y el Concilio fué nuevamente disuelto ante la proximidad de los enemigos. La intervención de Fernando y el eterno peligro turco hicieron que no pasaran las cosas adelante.

Pero ya el Emperador está enfermo. Más que enfermo, agotado, extenuado. Uno tras

otro va cediendo todos sus dominios. Cuando no le queda nada se retira al monasterio de Yuste. Allí acabará sus días.

La obra de la contrarreforma, falta de su principal animador, queda paralizada. En 1555 pasó a mejor vida Julio III, sucediéndole Marcelo II que reinó tan sólo veintidós días.

El Concilio sigue sin abrirse. Paulo IV, sucesor de Marcelo II, en el gobierno de la Iglesia, no tiene el menor interés en continuarlo, aunque si en declarar la guerra a los españoles, guerra que no tuvo peores consecuencias para el Papa, por ser Felipe II el Rey de España. En cuanto a Alemania, los protestantes no fueron ya molestados en sus creencias al dejar Carlos el Imperio.

Después de grandes aplazamientos, el 18 de enero de 1562 se celebró la apertura del Concilio de Trento en su sesión 17.^a. Reinaba el Papa Pío IV, gran amigo de los españoles, que tuvo la suerte de ver terminados los trabajos del Concilio y, consiguientemente, una nueva era de resurgimiento en la vida cristiana. La última sesión, la 25.^a del Concilio, tuvo lugar el día 3 de diciembre de 1563. El Papa confirmó todo lo hecho por el Concilio, y al efecto publicó en 30 de junio la Bula de aprobación.

Los españoles podían enorgullecerse, a su regreso a la patria, de haber realizado una de las obras de mayor trascendencia que se acometió jamás.

RAFAEL BURGOS

(Continuará.)

“LA PANCHITA,,

MANTEQUERIA :: FIAMBRES :: ULTRAMARINOS

DAMASO MENGOD

SERRANO, 98 : : : TELEFONO 50801 : : : MADRID



de
Madrid

MADRID ANTIGUO
Arco de la calle del Rollo

Rincones

Paisaje de invierno
en el Buen Retiro



LA GUITARRA

INSTRUMENTO ROMANCERO, VISTA A TRAVÉS DEL PUEBLO DE LA COSTA ATLÁNTICA

Que la guitarra es un instrumento de leyendas y románticas historias, lo prueba su actuación durante luengos años de existencia. ¿Quién se atrevería a asegurar que no ha vivido siempre la guitarra desgranando sus acordes y sus dulces melodías temblorosas en serenatas, al pie de las clásicas rejas, las entreabiertas celosías, y trinando constantemente en honor de las bien amadas, en manos de troveros, copleros y mozos apasionados?

Si buscamos su origen, hallamos que se remonta a la antigüedad, como la lira, el arpa y otros instrumentos musicales.

Algunos musicólogos afirman que la guitarra data de las más remotas actualidades de los egipcios. Otros aseguran que fueron los mauritanios, o sean los árabes o moros antiguos, quienes la llevaron a España. Lo cierto es que de este país pasó rápidamente a nuestra América, a ocupar sitio de preferencia entre los aficionados al arte musical.

No me detendré hoy a hablaros de la conformación de la guitarra femenina, por excelencia, ni de sus tablas armónicas, ni del mango o mástil, dividido en diecinueve casillas, a las cuales el vulgo da el nombre de trastes, destinadas a la digitación del instrumento, ni de sus cuerdas, templadas en cuartas, a excepción de la segunda y la tercera, entre las cuales media un intervalo de tercera mayor. Ni haré por el momento el elogio de sus efectos en la imitación de una voz gastada, del sollozo, del lloro, del tartamudo, de su delicioso arpeado, sus tiernos sonidos armónicos y sus ligados. Os contaré más bien algo de su suave timbre, de su espíritu romanesco.

Pero antes permitidme que os diga que fué la guitarra en tiempos pasados instrumento favorito en los palacios reales y en las mansiones de la nobleza, y llegó su fascinación e influencia a tal grado, que traspasó hasta los umbrales de los claustros y monasterios. No soy yo quien lo afirma, sino es la historia quien nos lo cuenta: fué un monje cisterciense, fray Miguel García, gran guitarrista de su



Apacibilidad en las Islas Hawaii...

época, el que inventó en el instrumento el tañer punteado, pues hasta ese siglo no se conocía sino el toque rasgueado.

Aunque se diferencian en su forma y estructura, solamente la mandolina y la cítara se asemejan a la guitarra en su carácter de instrumento de leyendas; tan sólo ellas pueden igualar ese timbre que tiene mucho de seráfico por su dulzura y su exquisita debilidad.

Uno de los méritos más atrayentes de la guitarra descansa justamente en su sencillez y delicadeza. Es instrumento propicio para tejer espontánea, ingenuamente, requiebros, ternuras, declaraciones apacibles, expresiones íntimas, y para bordar melodías plenas de celos, quejas de ausencia, sentimientos de pesar. Rubén Darío, en verso inolvidable, la

llamó «Urna amorosa de voz femenina, caja de música de dolor y de placer...»

Ha inspirado este instrumento una cantidad de cuadros, frescos, frisos y lienzos notabilísimos. En unos vemos a la guitarra flamenca acompañando a los «cantaos» y «bailaores»; otros cuadros reproducen la antigua «guitarra de amor», que se tocaba con arco, la «guitarra inglesa de teclado», llamada también «sistro». Pintores hubo que inmortalizaron la guitarra, arpa, la toscana, la alemana, la armónica, la guitarra-eco, la guitarra-lira, la guitarra-fagot, la tudésca antigua, la veneciana, la tambaura de los indios, la guitarra morisca.

Un gran maestro del arte pictórico, M. Texidor, vertió una vez todo su genio en la creación de un lienzo al cual puso el título siguiente: «La lección de guitarra». Es una evocación admirable del viejo virtuoso que toma entre sus manos el instrumento para enseñar a su discípula la ejecución de un pasaje difícil. El rostro de la niña, su actitud, su mirada contemplativa, sus rubios rizos, el hechizo eglógico de esos momentos, el mágico sortilegio de la música, todo se halla maravillosamente delineado en este cuadro.

Os aseguro que cada vez que escucho una guitarra manejada por manos hábiles y milagrosas como las de un Andrés Segovia o un Regino Sáiz de la Maza, viene a mi memoria la copla española, tan popular pero tan di-
cente:

«Esta guitarra en que canto,
tiene boca y sabe hablar;
sólo le faltan los ojos
para ayudarme a llorar.»

Y como española al fin, la guitarra evoca maravillosamente las ardorosas castañuelas, los ricos mantones, el desenfrenado jaleo andaluz, con su tonada de abrasadora fantasía, las garbosas manolas de Madrid, que hechizan a los viajeros con su sal y su donaire incomparables, la sabrosa manzanilla de Sanlúcar de Barrameda, y trae a la mente el recuerdo de las zambras gitanas que formaban los moros, con bulla, rogocijo y baile, el maleficio de las mujeres de esta raza, la alegría de los baturros que pueblan las campiñas aragonesas, y nos describe el desenfado de las zagalas de Valencia, la gracia y la eurtmia de los

doncellas gaditanas y el mirar quemante de las morenas sevillanas.

A veces, con sus notas agudas y los roncoss sonidos de sus bordones, parece que ella quisiera transmitirnos los fulgores del sol de Andalucía, el encanto de los parajes, sembrados y panoramas de Castilla, el frescor de los jardines de Granada, la visión del mar de Galicia, el gris suave y melancólico del ambiente de Asturias. Otras veces, se nos antoja oír a través de sus cantos el relato de las bravías hazañas de los corajudos toreros de España, la evocación de las églogas y las pintorescas escenas de la vida campesina, la narración de los idilios pastoriles, la descripción de las turbulentas historias amorosas de los indómitos bandoleros que en lejano tiempo sacudieron la quietud de los moradores de la península ibérica.

Pero, ¿qué digo? No es solamente en España donde es exaltada y mirada con emoción la guitarra. Nuestra América de habla castiza, sobre todo las masas populares de estas repúblicas hispanas, desde las pampas abruptas donde galopan en briosos corceles los fornidos gauchos argentinos hasta las privilegiadas tierras aztecas, no encuentran otro instrumento más propicio para plasmar su lenguaje musical. Habéis observado vosotros cómo no hay ciudad, ni pueblo, ni villorio alguno de la América española donde no cultive la gente con verdadero frenesi y profundo deleite la guitarra.

¿No habéis notado también cómo la predilección por este instrumento se ha ido extendiendo a tierras tan lejanas como las Islas Hawaii, y ha llegado a constituirse allí una expresión, acaso la más pura, del alma nacional?

En efecto, ¿cuál es el mortal que no ha oído en los escenarios, bares y restaurantes modernos las vibraciones de una guitarra hawaiana en la música mórbida y quejumbrosa de esos orientales?

Otras razas, también distantes de la nuestra, como los persas y los turcos, encuentran en la guitarra, a la par que un lenitivo para sus pesares, un acicate para sus goces. Y el pueblo de la gran Rusia, fabrica y toca una guitarra especial de tres cuerdas con forma casi triangular, que lleva por cierto un nombre poco sonoro para nosotros: la «bala-laika».

En las humildes casas de los más apartados barrios de nuestras ciudades, oíréis casi siempre, a prima tarde o ya entrada la noche, después del regreso a sus hogares de los obreros, el melodioso tañido de la guitarra. Además, en muchas ciudades españolas e hispanoamericanas es tal la afición a este instrumento, que tienen organizadas asociaciones especiales de guitarristas, sociedades que laboran con tesón por el mejoramiento del arte guitarrístico.

A este respecto debo deciros que nuestra madre España y la «Perla del Caribe» llevan la vanguardia a las demás naciones en este sentido. Y no solamente el sexo fuerte cultiva en Cuba la guitarra, sino que las más lindas muchachas de la Habana, Cienfuegos, Santiago, etc., hacen maravillas con este instrumento. Cito al azar, primero la Cultura Artística, de Madrid, fundada en 1934, notable agrupación que organiza con frecuencia interesantes concursos entre los virtuosos mundiales, y luego esos conjuntos ideales de cubanitas guitarristas que son constantemente contratadas para actuar en los teatros de su país, México y los Estados Unidos de Norte América, y recuerdo ahora también que no hace mucho (creo que fué a principios del año 1934), causó verdadero furor en esta última nación, un grupo seductor de seis chiquillas cubanas, admirables guitarristas todas, que llevó a exhibir en «Teatro de Variedades», de Nueva York, el conocido empresario latino Fernando Luis Leal.

En la costa atlántica de Colombia, el pueblo ejercita un género llamado «Cantos de Guitarra», que consiste en realizar, sobre todo en las noches de jolgorio y de alegría, desafíos musicales entre los más destacados profesionales del instrumento. Son luchas cultas, intensas y nobles, en que cada guitarrista, que es a la vez cantor y versificador, trata de demostrar, tanto al público que le rodea como a su contendor que le disputa el triunfo, que posee suma facilidad, desenvoltura e inspiración para improvisar coplas y melodías regocijadas o tristes, como las circunstancias lo exijan.

No cabe duda alguna de que estos desafíos, lides generosas y sanas llamadas «Cantos de Guitarra», presentan un espectáculo folklórico del más subido interés. Hacen recordar aque-

lla lejana y bella época de la Edad Media, en que los habitantes de las principales ciudades de Europa se reunían periódicamente, en día y hora fijados con solemne anuncio, para efectuar una especie de congreso de cantores, músicos y copleros, reuniones espléndidas en las cuales rivalizaban el ingenio con el talento, la agilidad del pensamiento con la facilidad de expresión, el don de la improvisación con la facultad de la retentiva. ¿No es verdad que debieron ser maravillosos aquellos torneos en los cuales los concurrentes todos, provistos de laúd, violín, arpa o cítara, o imitando los ruiñones errantes, llegaban de todos los rincones del viejo continente para entregarse totalmente al cultivo de la música y de su compañera la poesía, y a trovar, a improvisar, a componer, a rimar?...

Quién no ha leído la historia de esos apasionados cultivadores del canto y de la música, ciudadanos agremiados a las diversas corporaciones de obreros en Alemania, zapateros, panaderos, sastres, hojalateros, herreros, etcétera, los que vivían unidos estrechamente por el sagrado lazo de la música y de la asociación coral, y quienes llegaban en los reglamentos de sus instituciones musicales hasta jurar fidelidad al arte.

Imitando a estos desinteresados amantes del canto en Alemania, más tarde surgieron en «Provenza» y en «Cataluña» los «Jochs Florals» (juegos florales). Estos se efectuaban así: Congregábanse todos los músicos y cantores en fecha señalada para el efecto. Improvisaban sus poesías o sus melodías. Cada una de estas últimas recibía un nombre figurado dado por el autor en momentos de crearla. «La melodía azul», «La del Cielo», «La del Jazmín», etc. La improvisación se constataba por medio de un documento firmado por dos testigos. Y tomaban tan en serio su profesión de cantores y creadores de métricas nuevas estos músicos, que después hacían reunir, no en la plaza pública como gustaban los antiguos atenienses, sino en la iglesia, al jurado calificador, tribuna respetabilísima, integrado generalmente por tres maestros de música y un juez municipal, para que dictaminara y diera su concepto sobre las poesías y los cánticos presentados.

Ricardo Wagner inmortalizó en su admirable ópera cómica «Los Maestros Cantores», el

ambiente de los obreros de la ciudad de Nuri-burgo, que fué, dicho sea de paso, la ciudad de Alemania donde se verificaron las últimas reuniones musicales de estos trovadores y músicos por allá en 1770.

Pero veo que me he ido apartando poco a poco del tema de mi trabajo que gira alrededor de un instrumento musical, y de sus cultivadores en la región de Colombia, donde tengo la dicha de vivir.

Regresaré, pues, al punto de partida.

En el departamento del Atlántico va extinguiéndose la costumbre de entonar «Los Cantos de Guitarra». Y lo confieso con profunda melancolía, porque reconozco que se trata de una manifestación folklórica, de las más nobles características del pueblo costeno, que se aleja poco a poco, de una copiosa fuente de arte propio que se va secando, para cubrirse luego con aguas extranjeras, turbias, dañinas e inexpressivas para nuestra modalidad.

Da gusto oír relatar a los viejos barranquilleros detalles de épocas pretéritas en que brillaron los cantores populares y guitarristas como José María de las Armas, el mono Zamora, Catalino Llano y el inolvidable Jiménez. Era entonces costumbre entre los dueños de las pequeñas tiendas, con el fin de estimular las ventas, organizar especialmente en la noche de los sábados, «Los Cantos de Guitarra» frente a sus negocios. Para el efecto hacían colocar desde temprana hora una guadua de inmensas proporciones en la mitad de la cuadra donde estaba situado su ventorrillo o frente a la misma casa. Dicha guadua llevaba siempre una bandera de vivos colores en la punta, como señal de la fiesta que se preparaba. Llegada la noche se presentaban José María o Catalino, seguidos de sus partidarios y admiradores, que por cierto eran numerosos. De esta época datan las siguientes coplas, cuya música me fué cantada por un respetable caballero costeno.

Historiemos.

Cierto día se celebraba una fiesta íntima en casa del maestro Povea, conocido y magnífico herrero que vivía en uno de los arrabales de Barranquilla. En momentos de brindar la primera copa, como notara Catalino que varios de los concurrentes se disponían a pronunciar sendos brindis en honor del festejado, pidió entonces apresuradamente la palabra

y, tomando la guitarra en sus manos, improvisó este cuarteto que, naturalmente, fué muy celebrado:

Sepa usted, maestro Povea,
Que el ron que se sirve en vaso,
Debe tomarse al porrazo
Porque o si no se mosquea.

La señora madre del trovero barranquillero poseía una pequeña estatua de Jesús Nazareno a la cual adoraba. Y Catalino, refiriéndose en buen día a esta reliquia familiar, cantó así:

Yo soy Catalino Llanos,
El hijo de ña Faustina,
Que tiene un santo de palo
Que lo vela en la cocina.

José María de Armas también solía gastarse unas ocurrencias estupendas. En una ocasión en que se hallaba rodeado de gentes del pueblo a quienes consideraba incapaces de apreciar su arte, le pidieron que cantara. No quería nuestro hombre por nada complacer a los peticionarios; pero después que insistieron tanto soltó José María la siguiente copla que causó bastante disgusto entre sus oyentes hasta el punto de formarse una tremolina:

Bien me dijo Garcilaso,
A mí con buena armonía:
No viertas, José María,
Tu pólvora en gallinazo.

Meses ha, recogí otros versos típicos en boca de un hijo del pueblo atlantiquense, convencido aficionado a los cantos de guitarra. Al apuntarlos en mi cuaderno de observaciones me preguntaba si estos cuartetos serían improvisados acaso en una noche de verbena en San Roque, o en un día del bullicioso carnaval o durante los festejos que se celebran en honor de San Antonio, en una ciudad vecina. ¡Quién sabe! Todo lo que puedo decir es que son de cosecha de mentes de otros tiempos y que vienen saturados de un sabor profundamente vernáculo.

He aquí el cuadro que trato de reconstruir:

Es fin de semana. La noche está espléndida, voluptuosa. Soplan vientos de noroeste. Por el barrio sur de nuestra ciudad los habitantes se reúnen para festejar al santo patrono. De pronto hacen irrupción dos animosos

guitarristas del barrio y entablan un desafío musical que gira en torno de Petra Inés, la doncella más hermosa de esa sección.

El primer guitarrista lanza con entusiasmo y fervor unos preludios en «re mayor» y luego improvisa así:

«Desde que te vi venir
Le dije a mi corazón:
Qué bonita piedrecita
Para darme un tropezón.»

Mas el otro músico no espera pausa alguna. Inmediatamente arranca de su lirismo esta declaración acompañada de acordes febriles:

«Mira, niña, dame un beso
que me voy a confesá
Eso no es ningún pecado
Si lo das de voluntad.»

Y así continúan los rivales hasta el amanecer trovando coplas y melodías en loor a Petra Inés.

Otro hábito muy inveterado entre los cultivadores de los «Cantos de Guitarra» es el siguiente: A tiempo de retirarse del sitio donde se colocaron para cantar durante horas y horas, dedican una copla especial a la señora dueña de dicha casa.

Recuerdo dos de esas coplas de despedida, una de las cuales evoca a la vieja Barranquilla, la de nuestro antiguo tranvía de mulas:

«Por aquí no pasan coches
Por aquí no pasan tranvías.
Yo cogeré esta vía,
Mi señora, buenas noches.»

«Señora: yo me despido
Sin ninguna novedad
Si acaso yo la he ofendido
Bien me puede dispensar.»

Ahora es el momento de recogerse y el guitarrista dice el último verso:

«Mañana por la mañana
¿Quién se acordará de mí?
Solamente la tinaja
Del agua que bebí.»

* * *

Desde tiempos remotos ha tenido el mundo célebres guitarristas. Un día es el prodigioso violinista italiano Nicoló Paganini, quien no pudiendo ya tocar su instrumento predilecto

por la tisis⁷ de la laringe que lo molesta, abandona el violín y se dedica de lleno a la guitarra y llega a dominarla maravillosamente hasta el punto de ser uno de los grandes «virtuosos» y a escribir obras preciosas para este instrumento. Otro día es Francisco de Tárrega, el inimitable artista español, quien crea una escuela nueva, traza bellas y originales rutas para el estudiante de la guitarra y deja a la posteridad un copioso repertorio para su instrumento. Luego nace en nuestro continente, en las selvas del Paraguay, un indio guaraní, Nitsuga Mangoré, quien llega a destacarse como estupendo intérprete y admirable compositor, y arranca sonidos maravillosos a su instrumento y lo hace cantar, llorar, sollozar, gemir, trinar, desfallecerse.

Otro gran guitarrista es Regino Sáinz de la Maza, nombrado en diciembre último catedrático de su instrumento en el Conservatorio de Madrid. Pertenece de lleno a la generación del gran momento renacentista español. El escritor Golestan decía, no hace mucho, en *El Figaro*, de París, que «la guitarra» de Regino tiene significación de símbolos y que es una bandera intelectual que ha congregado a las gentes más espirituales del globo para alabar en todas las lenguas una de las representaciones más genuinas del arte español con un estilo que, como lo ha dicho el célebre crítico Henry Collet, «revela el fondo castellano de su raza nutrido en las puras tradiciones polifónicas españolas».

Y, como una figura cumbre de la actualidad, tenemos a Andrés Segovia, el más profundo, el más completo, el más docto de los que pulsan el mango guitarrístico. Su nombre es símbolo de arte immaculado. Sus obras originales y sus transcripciones forman el repertorio más precioso que se ha escrito para la guitarra. Es el mago por excelencia del instrumento romanescos.

En Colombia y especialmente en la Costa Atlántica, la afición al estudio de la guitarra va cundiéndose cada día más. En todas las capas sociales se nota el aumento diario de estudiantes del instrumento que inmortalizaron Tárrega, Carulli, Napoleón Coste, Más Bargañó, el ciego Antonio Jiménez Majón, etc. Eso sí, no se aplican con método debido nuestros estudiantes, ni tampoco acompañan su deficiente estudio instrumental con conocimientos orde-

nados de la teoría de la música, del solfeo, de la armonía y de la historia del arte musical. Estos guitarristas de la Costa Atlántica pueden dividirse en tres grupos: el primero lo forma la inmensa cantidad de personas que pulsán el mango del instrumento al oído, esto es, sin haber hecho estudios apropiados para el caso. Se valen de la guitarra para coplas, y se limitan a aprender los acordes más indispensables para sus expresiones, que son, hay que confesarlo, limitadísimas. El segundo grupo lo constituyen los estudiantes de los colegios y otros elementos de cultura que tratan de penetrar los secretos del instrumento, usándolo, ya como acompañante, ya como instrumento de más categoría. Pero estos elementos necesitan de buenos profesores, esto es, de tinsa dirección musical. El tercer grupo está compuesto por un pequeñísimo número de individuos en quienes la afición a la música es algo casi sagrado. Además, estas personas, que han empleado muchos años de su vida al estudio del instrumento, y a la perfección de su técnica, su estilo y su arte se hallan de tal manera consagrados a la guitarra que pueden considerarse verdaderos virtuosos del instrumento. Uno de esos instrumentistas, guitarristas de fama, es José Mazzilli, nacido en Ciénaga (departamento del Magdalena), pero domiciliado hace muchos años en nuestra amadísima Barranquilla. Mazzilli ejecuta con la misma soltura una «Siciliana» o «Sarabanda» de Juan Sebastián Bach, un «Andante» de Mozart, un «Nocturno» de Schumann, un «Capricho Árabe» de Tárrega o una «Zambra» o «Jota» de Segovia. También cultiva este artista con cariño el folklore patrio, y ha hecho arreglos muy aceptables de pasillos, danzas, bambucos y otras músicas colombianas.

Y al hablar del repertorio, permítaseme una digresión.

He notado con pesar que la mayoría de nuestros guitarristas no se preocupan por este detalle tan importante en el futuro de su vida artística. Casi siempre se presentan al público con unas piezas anticuadas, escritas, por lo general, defectuosamente, composiciones incoloras y hechas por mentes simplistas. Muchas veces me he preguntado: ¿Por qué este abandono de parte de nuestros guitarristas? Acaso no conocen las admirables transcripciones de las obras de Juan Sebastián Bach

hechas por Segovia; por ejemplo, «Courante», «Gavota», «Preludio», «Allemande», «Minué núm. 1», etc.; las deliciosas páginas de Tárrega, tales como la transcripción del Coral, de Haendel, y sus creaciones propias. «Recuerdos de la Alhambra», «Malagueñas», los «Preludios», el «Sueño», la «Gran Jota Aragonesa», con sus variaciones; la «Serenata», la mirífica transcripción del «Nocturno núm. 2», de Chopin; las brillantísimas concepciones de Emilio Pujol, el autor de los estupendos arreglos para guitarras de «Córdoba» y «Tango» de Albéniz y también creador de «Crepúsculo», «Vals íntimo», «Impromptu», «Canción de Cuna», los tres admirables «estudios» en *mi bemol*, *la mayor* y *la menor*, las numerosas producciones de Moreno Torroba, el maestro de los lindos Nocturnos, las páginas de Gaspar y Julio S. Sagreras, Pantaleón Minguilla, F. Cimadevilla, Luis de Soria, José Ferer y Esteve, Antonio Sinópoli, Julián Arcas, N. Coste, y las incontables obras originales escritas especialmente para la guitarra por eminentes autores contemporáneos italianos, franceses, alemanes y los españoles Falla, Turina, López-Chavarri, Adolfo Salazar, Miguel Llobet, el uruguayo Alfonso Boquea y tantos otros insignes compositores, como también la Colección de obras para el mismo instrumento que ve la luz pública en Turin bajo la dirección de Francisco Bianchi, bajo el título de «Biblioteca del Guitarrista?»

Se acerca a su fin esta pobre exposición mía. Como soy un apasionado admirador de la poesía quisiera terminarla como hacen los favorecidos de las divinas musas: con el verso alado.

¿Pediréle al exquisito bardo santanderino Emilio Pradilla sus coplas para decirnos:

«¡Oh, guitarra!

Rapaz beso que nos toca,
casta boca

que provoca

escapando bajo el arco de un convento.

Sois calor de mediodía y sois
noche azul de un cuento?»

¿Robaré mejor a otro lirida este verso:

«Guitarra de mis amores,
Fiel compañera de mi vida,
Suenas con nota sentida
Para calmar mis dolores.

Canta y alegre mi existir,
Que se engañó mi corazón
Con tan grata pasión
Ya no puedo vivir»?

¿Evocaré el númen de Climaco Soto Borda
para recordar el bohemio que,

«En esas horas quietas
Que preceden al alba,
Cuando con su mano suave y cariñosa
Acaricia sus formas torneadas
Y contra el pecho aprieta el alto y duro
Pecho de la guitarra,
Como presa de extraño escalofrío
Ella febril, convulsa, apasionada,
Tiembla bajo la mano del artista.
Vibran sus carnes y sus nervios saltan
Los bordones azotan el silencio,
El cobre grita y el acero canta.
Por los trastes que fingen
Una tendida escala,
Los arpeggios sonoros y las notas
Circulan, suben y bajan,
Corren, giran, se paran,
Y como inquieta tropa de sonámbulos
Alegres rien y en las cuerdas bailan,
Y en las clavijas—postes telegráficos—
Por la corriente eléctrica agitadas,
Sienten que por sus trémulos alambres
Circulan amorosos telegramas
Escritos en la clave misteriosa
En que los dos enamorados hablan»?

¿O traeré de ultratumba la voz del gran
Dario para cantar:

«Tiene el acente de un alma divina,
Talle y caderas como una mujer»?

Pero no. Es necesario pensar en soluciones prácticas. Adóptese el estudio de la guitarra en las escuelas oficiales de música de la república bajo la dirección de guitarristas notables, reconocidos no solamente como buenos ejecutantes, sino también como profesores idóneos y profundos conocedores del arte musical.

Envíese una voz de aliento a los buenos fabricantes del instrumento que existen en el país, tales como el guitarrero Jeremías Padilla, de Bogotá, y otros, para que continúen con entusiasmo su labor de perfeccionamiento en la fabricación de la guitarra.

Promuévase un concurso entre todos los guitarristas de la nación para el próximo 20 de julio en la capital de la república.

La Dirección Nacional de Bellas Artes tendrá a su cargo la reglamentación de este concurso.

EMIRTO DE LIMA

Barranquilla (Colombia).

Confitería y Coloniales - Fábrica de Mazapán

DOMINGO AGUADO

SUCESOR DE INFANTES Y COMPAÑIA

Calle de Belén, número 13, teléfono 22.—TOLEDO

RUTAS DE ESPAÑA

IMPRESIONES DE SEGOVIA

Cada una de las ciudades, acumulaciones de Historia y de Arte en que parece resumirse y perfeccionarse la austera belleza de los campos de Castilla, tiene alguna nota esencial que la define entre sus hermanas. Así, en Avila, es característica la teoría impresionante de los salientes cubos de la muralla, perfilando sus merlones sobre las lejanías grises moradas del valle de Amblés; en Burgos, la aspiración altiva de las agujas góticas y de los altos olmos en las hondas alamedas; en Soria, las piedras románicas, que no parecen sino un concreción del paisaje parameras que vió pasar el Cid. El que ha permanecido en Segovia algunas horas recuerda, en primer término, la masa piramidal del peñón calizo que emerge de la espesa arboleda y en la que las murallas, el caserío, las torres y la catedral aparecen unificadas en un color de oro que concierta maravillosamente con el cielo, casi siempre limpio y azul.

Si el viajero ha podido detenerse algo más de tiempo para callejear a su sabor, sus impresiones serán más ricas y complejas, pero sin destruir nunca esta visión primera. Recordará, sin duda, la majestad del acueducto, que es, acaso después del Coliseo Flavio, el más imponente monumento del mundo romano. Desde el postigo de la muralla, cerca de la parroquia y del corralillo de San Sebastián, habrá visto cómo cierra el valle la gran cortina de piedra, a la que un escritor ha llamado *peine de ejércitos*, con sus pilares piramidales interrumpidos por cornisas, con sus dobles arquerías, sosteniendo el canal que por espacio de veinte siglos ha llevado a la ciudad las finas aguas de los ventisqueros de la Sierra. Entre las arcadas imperiales de granito se le aparecerán las casucas de los arrabales y los campanarios románicos de San Justo y del Salvador. Y si es persona de sensibilidad, se habrá estremecido, sintiéndose abrumado con el peso de un doble milénario de historia intensa y dramática.

Si el viajero es aficionado al exquisito placer de descubrir callejando el espíritu de una ciudad

desconocida, ha de buscar en Segovia la impresión de sus veinte iglesias románicas, que forman uno de los más ricos y varios conjuntos de arquitectura medieval, que en toda Europa pueden verse. En ellas y en la muralla verá reflejada la intensa vida de la ciudad en los siglos XII y XIII, y en que por causas económicas mal conocidas—la riqueza de los campos recién roturados, de los innumerables rebaños y de una industria floreciente de paños y de cueros—fué un centro importante de riqueza y de cultura. El mejor testimonio de su prosperidad es el de sus treinta parroquias, edificadas todas en las dos centurias referidas, tan próximas unas de otras, que, en el barrio más señorial, las de San Francisco, San Román, San Sebastián, La Trinidad, San Pablo y San Juan, distaban unas de otras tan sólo algunos metros. Se han dado razones litúrgicas para explicar esta profusión de parroquias, pero la más convincente es ésta: la riqueza de la ciudad, que con los diezmos de sus vecinos podía sostener tantas instituciones parroquiales. San Pablo no contaba sino con cuatro casas de feligreses, pero eran tan ricas que sus diezmos sostenían decorosamente el culto. Estas parroquias pertenecen todas al estilo románico. Lampérez sostuvo la teoría de la modernidad del románico segoviano, fundándose en que la iglesia de la Vera-Cruz, la única fechada, lo está en 1208, pero esta hipótesis es sólo parcialmente exacta. El románico segoviano se inicia con la reconquista de la ciudad a fines del siglo XI y tiene monumentos tan arcaicos como la cabecera de San Juan, con recuerdos prerrománicos. Lo cierto es que el románico arraiga con tal fuerza en la comarca segoviana, que no solamente persevera en ella durante todo el siglo XIII (de fines de este siglo es el pórtico de San Martín), sino que aún se refleja la tradición románica en edificios fechados en las postrimerías del XIV, como el Monasterio de Santa María de Nieva.

El conjunto de parroquias segovianas evoca los recios días medievales, a raíz de la reconquista; cuando en algunas de ellas se decía misa para los

caballeros que recorrían los campos vecinos en defensa de los pacíficos labradores, contra los moros que aún se guarecían en la montaña; cuando en sus pórticos se celebraban las Juntas del Concejo y las de gremios y cofradías; cuando en la de la Vera Cruz tenían los Templarios sus misteriosas



SEGOVIA.—El Alcázar

ceremonias y en las de San Millán y de San Juan se reunía el ilustre Cabildo de los Nobles Linajes. Su importancia varía mucho, desde suntuosas basílicas de tres naves y tres ábsides, como San Millán y San Juan, hasta pequeños templos de una sola nave y único ábside, como San Clemente y Santo Tomás. Lo más característico del románico segoviano, son los pórticos o atrios de arquerías sobre pares de columnas, que rodean la iglesia por uno, dos o tres lados. Su existencia se debe, sin duda, a la intensa vida corporativa de la ciudad, que tenía por centro la parroquia, y en ella estos pórticos orientados a mediodía. Lo más rico en decoración son las cornisas, cubiertas con profusión de esculturas, en que se explaya la fantasía y

la libertad de los imagineros románicos. El mudéjarismo se advierte en algún caso de cubierta de madera labrada, al estilo de los modelos africanos del siglo XII (San Millán) en el empleo de bóveda de crucería cordobesa (San Millán y la Vera-Cruz), de modillones de tipo califal, de arcos de herradura, etc. La abundancia de buena piedra en la ciudad hace que sean en ella muy raras las construcciones moriscas de ladrillo, tan abundantes en la provincia (Cuéllar, Nieva, Samboal, etc.) Solamente se emplea el ladrillo en algunas torres, por la baratura del material, que queda descubierto en la de San Lorenzo y se oculta bajo revoques en las de San Martín y San Andrés. Se conserva, reconstruida en parte, una espléndida torre de sillería románica: la de San Esteban, y más o menos modificadas las de San Justo, el Salvador y Santa Eulalia.

Con esta abundancia del románico contrasta la falta casi total del gótico primario, que no pudo arraigar en Segovia. El gran monumento gótico de la ciudad es la Catedral, obra muy tardía de esa postrera reacción purista de la arquitectura original, que produce enormes y suntuosas fábricas en Castilla y en el país vasco. La construcción se emprendió en 1525 para sustituir a la catedral románica, arruinada en las luchas de los comuneros, y no se da por terminada hasta el siglo XVIII. La fábrica de esa inmensa mole es la última gran empresa de los segovianos, que en ella emplean enormes energías. Para la obra de la «Iglesia Nueva», vendían sus joyas las damas principales y no se desdeñaban de cavar en los cimientos los hidalgos más linajudos. Los gremios tenían al año su día señalado para hacer su ofrenda a la catedral, y en tales fechas se veía por las calles de la ciudad el desfile de las honradas Corporaciones, con sus priostes y veedores, maestros, oficiales y aprendices, acompañados de músicas de ministriles y vestidos con sus mejores galas. La obra realizada a tanta costa durante tres siglos es un supremo acierto arquitectónico de sus primeros artífices, Juan y Rodrigo Gil de Hontañón. Al exterior, la mole piramidal de sus naves y la torre gallardísima rematan maravillosamente el conjunto de la ciudad, y el ábside, de traza movidísima, en el cual los muros de las naves y de las capillas se quiebran en diversos planos, sirve de fondo a la

principal de sus plazas. Al interior la esbeltez admirable de los pilares, el juego admirable de luces y de sombras, las nobles proporciones producen la impresión de un arte en toda su potencia creadora y no de un estilo en la agonía. Lo tardío de su concepción se advierte, sobre todo, en la relativa pobreza de altares y capillas.

La Catedral de Segovia nos lleva al tiempo de la gran pujanza económica de la ciudad, cuando las exigencias de las nuevas colonias ultramarinas proporcionan enorme vitalidad a sus famosas fábricas de paños, y llega a contener en su recinto y arrabales una población de 36.000 obreros dedicados a los oficios de la lana, sin contar los que trabajan en las innumerables tenerías y en los diversos menesteres que florecían en la ciudad. Es la época de las grandes paradas gremiales, en que se gastaban sumas inmensas en trajes y adornos, como el gran ejército de los oficios, que recibió a Ana de Austria en 1570, y la mascarada de la prisión de Moctezuma, organizada por los pañeros en 1600, y la gran cabalgata de la genealogía de la Virgen, en la que el mismo gremio desplegó un lujo asombroso. La piedad de estos siglos aficionada a la ostentación se refleja en grandes fábricas del mismo gótico tardío que la Catedral, como la parroquia de San Miguel y el convento de San Agustín, o de un renacimiento ampuloso y un poco desabrido, como la casa de la Compañía de Jesús y el convento de Capuchinos.

Alrededor de estos grandes edificios se apiña el caserío pintoresco, de aspecto mudéjar, con sus viejos tejados desiguales de un tono violeta y sus fachadas tendidas de ese revoco segoviano cuyos más antiguos modelos son todavía góticos o mudéjares. Entre estas viviendas merecen atención principal las que fueron moradas reales en tiempo en que la corte andariega de Castilla hacía en Segovia frecuentes estancias, atraída por la frescura y salubridad del clima en el estío y por la abundancia de caza en los bosques vecinos.

Dos palacios reales, además del Alcázar, hubo en la ciudad. Del de San Martín, construido en tiempo de Enrique IV y repartido luego en viviendas particulares (de los Porras, los Barros y los Mercado-Peñalosa), quedan bellísimas yeserías mudéjares y algunos techos de vigas pintadas; del de San Antonio el Real, fuera de las murallas, de

tiempos del mismo Rey, siendo Príncipe de Asturias, hay por todo vestigio algún maravilloso artesonado. El caserío medieval de Segovia ofrece siempre el acento mudéjar—caracterizado por los patios porticados, por los zaguanes con la puerta de la calle y la puerta del patio en diagonal, por cornisas de ladrillo y labores de aplastillado en las fachadas—sobre los diversos estilos arquitectónicos. En las dos calles paralelas del barrio de las Canonjías, donde los canónigos hacían antaño vida claustral, se ven multitud de portadas románicas, y en los barrios señoriales no faltan todavía moradas de este estilo, como la de los Cáceres o la de los Linajes. Algunas grandes familias tenían casas



SEGOVIA.—Jardines de La Granja

fuertes protegidas por recios torreones, verdaderos castillos ciudadanos, que a veces defendían una puerta de la muralla. A este tipo de casas fuertes torreadas pertenecen la llamada «Casa de Segovia», que de los Cáceres heredaron los condes de los Villares; la que de los Aguilar pasó a marqueses de Lozoya; la de los Arias-Dávila; la «casa de Hércules», que fué también de los Arias-Dávila y es hoy convento de Santo Domingo; la de «los Picos», de los Lahoz. En el reinado de los Reyes Católicos se edifican infinidad de casas hidalgas del más sencillo y austero gótico «Isabel», de portadas encuadradas por un *alfiz* de bolas. Muchos de los escudos recién esculpidos fueron picados por haber sido comuneros sus dueños. Pasado el bullicio de la Comunidad, Segovia, penetrada del prurito de grandezas en que se consumía la España de Carlos V, se adorna de espléndidos palacios en que se ostentan todas las galas del plateresco. El gran caserón de los Salcedos, hoy Palacio Episco-

pal; el que fué del Cardenal Espinosa y luego de los Marqueses del Arco, el de los del Hierro y el de los Condes de Bornos, son magníficos ejemplares de residencia señorial castellana de mediados del XVI. En la centuria siguiente florecen hojarascas barrocas, fachadas en torno de los pomposos escudos y todavía en los últimos años del siglo XVIII, algún fabricante rico y hombre de su tiempo, como Don Frutos de Alvaro, se hace construir un palacete neoclásico, a la manera de los que aún quedan en los parques reales de los Borbones.

Y todos estos elementos—iglesias, conventos, palacios—en torno de los cuales se amontonan las casucas humildes, sin época, pero llenas de carácter y de color, componen uno de los más singulares conjuntos urbanos de toda Europa, con sus barrios señalados por una nota característica. El barrio de los Canónigos; las calles de los mercaderes; las intrincadas callejuelas de las Juderías, en torno de la Catedral; las tranquilas plazas del barrio de los Caballeros; la Morería y los Arrabales, en que aún quedan vestigios de la vieja actividad fabril. Y perpetuando viejas tradiciones o páginas de Historia, los viejos nombres evocadores vienen a dar la nota precisa a cada calleja o a cada rincón: la Refitolería, la Almuzara, la Judería Vieja, el Mal Consejo, la Cintería, el Caballo Sisi, La Muerte y la Vida y las innumerables que recuerdan devociones populares.

El recinto amurallado que rodea el peñón, aprovechando estratégicamente los salientes de la roca, no basta a contener el caserío que se derrama en populosos arrabales. No tienen las murallas de Segovia la majestuosa prestancia de las de Avila, pues en ellas la obra de los hombres se limita a completar la magnífica fortificación natural que forma la roca sobre la cual se asienta la ciudad. Por la parte Norte, la más escarpada, la muralla se limita a un adarve almenado de escasa altura, con cubos de planta rectangular o semicircular. Por la parte Suroeste hay algunos lienzos más elevados y de hermosa construcción mudéjar. Sólo queda un ingreso monumental, el de San Andrés; las puertas de Santiago y de San Cebrián son muy sencillas y han desaparecido las de San Juan y San Martín. Los dos grandes lienzos de muralla, con sus pintorescos torreones medio arruinados, vienen a reunirse, al Poniente, en el Alcázar, que,

sobre la roca avanzada, parece asomarse a las llanuras de Castilla y es como la proa del gran navío que forma la ciudad, partiendo las vertientes de los dos arroyos Eresma y Clamores, que casi circundan el peñón. En esta situación maravillosa el Alcázar, viejo castillo medieval, ampliado y enriquecido por los Trastamara y coronado por Felipe II con empizarrados y agudos chapiteles de aspecto norteño, parece un castillo de cuento de hadas imaginado por Gustavo Doré.

Para el que guste de paseos un poco largos y, sobre todo, de trepar por peñas y vericuetos, las más gratas excursiones por los alrededores de Segovia han de ser en busca de puntos de vista de la ciudad, pues en Segovia el monumento único es la ciudad misma. Desde los altos de la Lastrilla, verá extenderse a sus pies las vegas del Eresma, cubiertas de huertos y alamedas de legendaria frondosidad, de manera que las arboledas trepan hasta la misma muralla y aun asoman por detrás de ella. El Alcázar y las torres innumerables y los caminos, los puentes, el caserío de los arrabales, están dispuestos de manera que recuerda el fondo minucioso de las tablas primitivas. Al que trepa a las rocas de la Fuencisla, se le vendrá en seguida a las mientes la obligada comparación de la ciudad con una galera que tiene el Alcázar por esbelta proa, a la torre de la Catedral por mástil y al acueducto por puente que la une con las estribaciones de la sierra. El punto de vista más famoso es el que se goza desde el pinarillo que cubre el antiguo cementerio judío que llaman «Cuesta de los Hoyos». Desde allí Catedral, murallas y caserío se agrupan en forma de pirámide sobre el hondo barranco de «Las Brujas», poblado de chopos altísimos, y por la tarde reciben los últimos destellos del sol poniente, que enciende las viejas piedras con reflejos de oro y de sangre.

Los arrabales de Segovia ofrecen especial importancia, pues en riqueza monumental igualan al casco amurallado. Fuera de muros están las parroquias románicas de San Millán, la más bella de las segovianas, de Santa Eulalia, San Clemente, Santo Tomás, San Justo, el Salvador, San Lorenzo y San Marcos, y entre las frondas causa grata sorpresa el encontrar fábricas insignes por su arquitectura o por sus recuerdos. El famoso Monasterio jerónimo de Santa María del Parral; la interesan-

tísima iglesia de Templarios de la Vera-Cruz; el convento dominicano de Santa Cruz, gala del gótico «Isabel»; el antiguo «Ingenio de Moneda», obra, a lo que se dice, de Juan de Herrera; los conventos franciscanos de Santa Isabel y de San Antonio el Real. Los devotos tienen en los alrededores de Segovia tres lugares insignes adonde ir en romería, en los cuales el espíritu parece adquirir fuerzas para remontarse: el Santuario de Nuestra Señora de la Fuencisla, Patrona de la Ciudad y Tierra, donde ocurrió el milagro de Marisaltos, loado en una cantiga de Alfonso X; el monasterio carmelitano de San Juan de la Cruz, que conserva la ermita, los cipreses y el mismo cuerpo del Místico Doctor, y la Cueva de Santo Domingo, lugar como pocos ilustre en los anales de la ascética española.

Segovia es un centro admirable de excursiones, y el que disponga de un automóvil y guste de correr carreteras puede admirar en pocas horas los paisajes más diversos: los bosques que cubren la cordillera de Guadarrama; las llanuras austeras, con villas históricas y castillos admirables. Hay algunos de estos recorridos que deben figurar en primer término en el libro de notas de un excursionista: el de los Palacios Reales, que comprende los de La Granja, Balsaín y Riofrío; el de los Castillos, en que se visiten los de Turégano, Sepúlveda, Castilnovo y Pedraza, y el de las Villas, que enlaza las de Cuéllar, Coca, Martín Muñoz y Santa María de Nieva.

EL MARQUÉS DE LOZOYA

En el silencio de la tarde...

Sin respirar, sin voz, sin movimiento,
nos mirábamos quietos y callados,
como estatuas de mármol, contagiados
por la quietud solemne del momento...

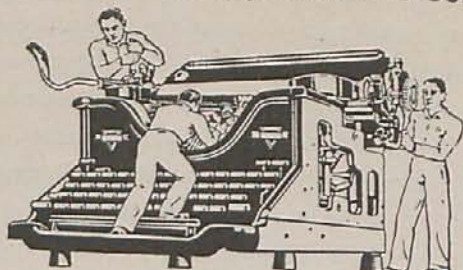
La tarde declinaba,
y hasta la brisa leve que pasaba
acariciando frescas amapolas,
dormida se quedó. Todo callaba
para que hablaran nuestras almas solas.

Y se hablaron quijás, y se dijeron
sus secretos más hondos y escondidos,
mientras los campos fueron
quedándose dormidos...

Callaron los regatos bullidores,
calló la fuente clara,
los pájaros cantores,
los huertos, las esquilas, los pastores...
¡y sonaron mis besos en tu cara,
como un rumor de abejas entre flores!

José María Pemán

Para reparaciones sólo



MATEO MARIN

VENTA Y ALQUILER

ABONOS DE CONSERVACION

Papel carbón y cintas

Hernán Cortés, 18 - Teléfono 14503 - MADRID

LA HISPANICA

CONFITERIA-REPOSTERIA
FIAMBRES

ESPECIAL SERVICIO
DE LUNCH

PEDRO GONZÁLEZ LOPEZ

SELECTAS MERMELADAS
ESTILO INGLÉS

Serrano, 76-Teléf. 53226-MADRID

DESIDERIO MUÑOZ

Serrano, 78

Telefono 50517

LOS LICORES,
QUESOS,
MANTECAS,
FIAMBRES,
CONSERVAS
Y ACEITES
DE ESTA CASA
SON LOS MEJORES

Nuestro éxito: Mantequilla fina de León

J. STEINBRENER

EDITORES DE LA SANTA SEDE

DEVOCIONARIOS

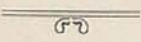
OBRAS PIADOSAS

ARTICULOS RELIGIOSOS

Wintenberg

Checoslovaquia

Librería Católica
del
Sagrado Corazón
Gondomar, 10


CORDOBA

La Villa Mouriscot
Confitería - Pastelería - Fiambres
⊕
SALON DE TE
⊕
Barquillo, 20 - - Teléfono 16810
Glorieta de la Iglesia, 6.
Telf. 45047

El Lápiz Americano

Fábrica de Sellos de Goma

Artículos de Escritorio



La Casa más importante de Venezuela

Este, 4 núm. 12-2 :: CARACAS

